



KURDISTAN.—Un kurdo y un árabe del desierto ejercitándose en el juego de la lanza, según croquis del P. Besson. (Pág. 190).

LOS PADRES FRANCISCANOS DE FILIPINAS.

En la *Geografía universal* de Malte Brun, publicada en una ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme, para mayor ilustración sin duda van, unos *Viajes á Filipinas*, escritos nada menos que por un tal Sr. Fagor, alemán por más señas, y traducidos y anotados por el ingeniero de montes Sr. Vidal y Soler. En dichos *Viajes á Filipinas* se habla de los Padres Franciscanos, lo cual no es nada extraño, pues tienen á su cargo las provincias orientales de Luzon y Samar, y por lo mismo era indispensable hablar de ellos. Pero el pobre viajero alemán lo hace tan pésimamente, que da lástima y risa á la vez á todo el que lee los párrafos que dedica á los buenos religiosos Alcantarinos que hay por aquellas islas. Transcribir todos los disparates que apunta, casi sería una broma demasiado pesada para nuestros lectores, así es que deberán contentarse con algún extracto más ó menos sucinto para ver los puntos que calza nuestro insigne alemán.

Con una seguridad pasmosa y nada envidiable afirma que «la gran mayoría de los religiosos proceden de las clases más ínfimas de la sociedad; que numerosas fundaciones pías hacen posible en España que las familias pobres que carecen de recursos logren enviar sus hijos á la escuela y despues al Seminario, en donde no aprenden otra cosa que la disciplina especial de la Orden.» ¡Y se dirá que los alemanes no son eruditos! Pues ¿qué me dirán de nuestro Fagor, alemán que ha viajado por

Filipinas como quien viaja por los cuernos de la luna? Dicho señor quisiera que «los frailes tuviesen una educación más esmerada,» como por ejemplo la de los misioneros ingleses; y la razón que da se cae por su propio peso: de este modo «sus tendencias con el pueblo no serian tantas, ni tan considerable su influjo;» y hasta podría añadir: ni los pobres serian evangelizados, como no lo son por los misioneros ingleses, que, ocupados con sus mujeres é hijos, no pueden consagrarse á la conversión de los indígenas. En cambio pueden comerciar y reducir á plata y oro toda su misión, no quedándoles ya tiempo para estar al servicio de los que no poseen y sacrificarse por los que aún no conocen á Jesucristo.

«Al llegar semejantes jóvenes recientemente del Seminario, prosigue nuestro insigne é ilustrado viajero, son en alto grado tímidos, ignorantes, llenos de tenebrosas ideas, de odio contra los herejes y deseosos de catequizarles.» Para entender esto es preciso que nuestros lectores no olviden que en el Seminario es donde han aprendido la disciplina especial de la Orden. Hacemos esta advertencia para que no se confundan con un lenguaje tan oscuro y extravagante; pues á nadie más que á un alemán se le ocurre llamar á los religiosos que van á llevar la luz del Evangelio á aquellos países: «jóvenes llenos de tenebrosas ideas.» ¡Oh! si no lo fuesen más las de nuestro Sr. Fagor, no escribiría tamaños disparates como ha escrito, y hablaría con más respeto de nuestros Misioneros de Filipinas! ¿No reconoce él mismo que «el Padre es el único cara blanca del lugar, y que por esto, no sólo es el Pastor de almas, si que

tambien el representante del Gobierno, el oráculo de los indios?» ¿A qué, pues, atribuir la consideracion de que gozan á las considerables rentas que perciben? Que esto lo dijera de los misioneros ingleses, santo y bueno; todo el mundo lo admitiera como verdad inconcusa; pero decirlo de los religiosos Franciscanos, áun de aquellos que tienen curatos, es faltar descaradamente á la evidencia, y, como verémos, es faltar á sí propio, pues en otra parte explica la manera como invierten los recursos que pueden allegar.

Lo curioso es que nuestro héroe se extraña de que «el hombre que en España sólo hubiera manejado el arado, en Filipinas emprenda grandes cosas, y eso sin instruccion técnica ni medios científicos. Edifica iglesias, abre caminos y construye puentes.» Pues ha de saber el señor Fagor que eso es ya muy antiguo, antiquísimo; que todo esto lo han hecho los monjes y los frailes desde los primeros siglos; y no le causaría ninguna admiracion si antes de escribir su inmortal y nunca bien ponderado trabajo, ó sea sus *Viajes á Filipinas*, hubiese leído y estudiado un poco más. A nosotros lo que nos pasma y deja aturridos es que un hombre que ha tenido una *instruccion técnica*, como el Sr. Fagor, dé pruebas de tanta ignorancia y estupidez.

Verdad es que no lo hacen como debiera hacerse, si el gobierno atendiera mejor á sus reclamaciones y á las necesidades del país; pero hacen todo lo que pueden y áun más de lo que pueden, debiendo reconocer y confesar nuestro viajero «que nadie está obligado á hacer más de lo que puede.» Lo cual por cierto no se dirá jamás de los misioneros ingleses, que sólo hacen lo que les tiene en cuenta, y no se meten en dibujos, sino en comprar y vender para enriquecerse y adquirir una buena fortuna. Pues esto no lo saben hacer, ni lo harán jamás nuestros religiosos. ¿Y sabe por qué? porque sus ideas evangelizadoras ó tenebrosas, como él las llama, se lo impiden. Si bien que no serán tan tenebrosas sus ideas, cuando despues dice que «por regla general carecen de supersticiones.» Y, pues, ¿qué se han hecho, Sr. Fagor, aquellos jóvenes tan tímidos, tan ignorantes, tan desprovistos de educacion? V. que frecuentó tanto el trato con los frailes en Camarines y Albay, ¿cómo llegó á profesarles «cariño sin excepcion?» ¿Será acaso efecto del cariño que les profesó lo que escribe ahora de ellos en sus *Viajes á Filipinas*? Abrazos son estos que ahogan y no se pueden aguantar. Ya sabemos que el cariño, cuando es grande, inspira la correccion y el fraternal aviso; pero jamás es duro hasta faltar á la caridad, ni deja de ser leal y sincero hasta dañar á la verdad.

Por lo demás, esos buenos religiosos, si algo tienen, no es para llevar una vida «como los grandes propietarios rurales del Oriente de Europa,» sino para ejercer la hospitalidad con los extranjerios, con el mismo Sr. Fagor, que tan mal se lo pagan despues, calumniándolos á la faz de todo el mundo, aunque sea contradiciéndose á cada paso. Pues esto es lo que le sucede á nuestro autor alemán, quien, despues de haber dicho que «en los religiosos españoles, en cuya casa ha vivido, nada ha visto que pueda ofender en lo más mínimo la más rígida moral,» en el siguiente párrafo desmiente nada menos que la autoridad de Rivadeneyra y le llama poco

concienzudo porque sostiene y afirma la gran *castidad que guardan los frailes Descalzos*, hasta el punto de *creer los indios que no son hombres*; y se atreve á hacer insinuaciones sobrado malévolas sobre la administracion de un sacramento tan digno de respeto y veneracion como es el de la Penitencia. No nos escandaliza por cierto semejante lenguaje en boca de un viajero tan poco grave como el Sr. Fagor; pero si deploramos que el Sr. Vidal y Soler no se haya ido á la mano en un asunto cuya delicadeza no desconoce. Al autor la ignorancia puede excusarle; al traductor sólo puede excusarle la ligereza.

Baste esto para que nuestros lectores tengan una idea de lo que son los *Viajes á Filipinas* del alemán Sr. Fagor. Todo lo demás que está escrito es para indisponer al Gobierno contra los religiosos, que son el verdadero sosten de aquellas islas. ¡Ay del día en que nuestros misioneros tengan que abandonar el archipiélago filipino! No estará muy lejana la hora en que España deje de ser dueña del mismo. A nuestro modo de entender, al escrito del Sr. Fagor le falta una cosa, y es que en él abogara para que el Gobierno cediese aquel rico continente al imperio alemán, ó mejor, á la hegemonia prusiana. Entonces á los *Viajes á Filipinas* no les faltaria nada para ser una obra perfecta en su clase. De paso diremos al traductor y á la casa editorial de la *Geografía universal de Malte Brun*, que mucho mejor que publicar lo escrito por el Sr. Fagor hubiera sido recoger ó extractar lo que se dijo en las Cámaras españolas hace muy pocos años, con motivo de tratarse de los religiosos misioneros de Filipinas, y que si no fué su mayor elogio, equivalió á una brillante apología.—J. B. y P.

(Revista Franciscana).

CORRESPONDENCIA.

CEYLAN.

Carta del Rdo. P. Joulain, oblat de Maria Inmaculada, misionero de Jaffna.

Jaffna, 22 de Enero de 1881.

...Partidos de Marsella el domingo 17 de Octubre próximo pasado, despues de una feliz travesía llegámos á Colombo el 7 de Noviembre. Esperábamos encontrar allí el *Serendib*, pequeño buque de vapor destinado al servicio de la isla; pero poco tardó en comunicárenos que se habia hecho á la mar sólo tres días antes, y que no estaria de vuelta hasta tres semanas por lo menos. ¿Qué hacer entonces? Como en esta época del año, á causa de los vientos contrarios, es imposible llegar á Jaffna por la via marítima de otra suerte que con un vapor, y como el viaje por tierra es punto menos que imposible á causa de las lluvias torrenciales, no hubo más remedio que resignarnos á aguardar el regreso del *Serendib*. Dirigímonos, pues, á Kurunegala, pequeña ciudad situada al Sud del vicariato apostólico de Jaffna, á la que se llega con dos horas en ferrocarril y dos en coche ó á caballo. No nos pesó por cierto el tiempo que pasámos en esta parte de la isla, la más agradable de todo el vicariato á causa de sus bellas montañas y de la prodigiosa fertilidad del suelo. El Rdo. P. Duffo, misionero de Ceylan hace treinta años, y que de ocho á esta

parte dirige aquella Mision, durante tres semanas nos hizo con religiosa caridad y cortesía los honores de su casa. Nada era costoso á este venerable misionero con tal que pudiese procurar á sus compañeros algunas distracciones y mitigar la pena que pudiera causarles el alejamiento de la patria.

Su afecto manifestóse sobre todo con el Ilmo. Melizan, á quien habia conocido cuando era simple sacerdote, y en quien se complacia en honrar ahora la dignidad de que se hallaba revestido. Bajo su direccion los cristianos elevaron en el camino hasta cuatro millas de Kurunegala vistosos y ricos arcos de triunfo, y hasta los alrededores de la iglesia estaban adornados con maravilloso gusto. Indecible gozo brillaba en el rostro de todos esos buenos indios al pasar entre ellos S. I. bendiciéndoles y dándoles gracias por la adhesion que le demostraban. Follaje, flores, frutas, telas de brillantes colores, descargas de fusilería, música, repique de campanas, todo fué puesto á contribucion para hacer la fiesta todo lo estrepitosa posible, y hasta diré ardiente, pues era casi medio dia, y el sol lanzaba sobre nosotros sus más brillantes y ardorosos rayos.

En la mañana del 30 de Noviembre, fiesta de san Andrés, la iglesia de Kurunegala estaba magníficamente adornada, y todos los cristianos, respondiendo al llamamiento de su Pastor, hallábanse en ella congregados á fin de implorar las bendiciones del cielo sobre su muy amado Pontífice. A las ocho comenzó la misa, y merced al talento musical del Rdo. P. Jourdhenil, aquella modesta iglesia nada tuvo que envidiar respecto al canto á las catedrales de Europa. Despues de la misa los cristianos invadieron el presbiterio; todos querian besar la mano del Obispo y recibir su bendicion. Al cerrar la noche volvieron con una música al frente. Cuando los músicos (si tal nombre merecen hombres que dan golpes redoblados sobre los tam-tam) estuvieron bajo la ventana, los cristianos nos hicieron asistir al disparo de un castillo de fuegos artificiales; y entonces no pudimos menos de preguntarnos si eran ellos esos indios que frecuentemente se nos presentan en Europa como salvajes, y que cuando de honrar á un misionero se trata, despliegan sin igual generosidad. Es de saber que los gastos de aquellos fuegos corrieron á cargo del barbero de Kurunegala. ¡A ver como se encuentra en Francia un barbero que quiera obsequiar de este modo á su obispo ó á su párroco!

Mas acercábase el tiempo en que el *Serendib* debia volver á partir para Jaffna. El 3 de Diciembre estábamos á bordo, y á las cuatro de la tarde nos internámos en el mar. Detuvímonos breves horas en Pamben, al Sur del Indostan, y el día 5, á las seis de la mañana, llegámos frente de Jaffna, pero á más de una legua de distancia, pues el escaso fondo no permitia que se aproximase más el buque.

La emocion del Ilmo. Melizan fué muy viva: sentíase feliz volviendo á ver á sus queridos cristianos de Jaffna, mas no podia ignorar todos los preparativos que debieron hacerse para su recepcion. En efecto, aunque estábamos á cuatro millas de la ciudad, oíanse distintamente los cañonazos que los cristianos disparaban desde la playa. Hacia las ocho el Rdo. P. Boisseau, vicario general, y el Rdo. P. O'Flanagan salieron al encuentro de

S. I. Durante ese tiempo el comandante inglés hizo preparar una pequeña barca de vapor, y á las diez abandonámos el buque. A medida que nos acercábamos distinguíamos á la multitud vestida de fiesta y oíamos los repetidos cañonazos que se creían obligados á disparar nuestros cristianos para realzar la fiesta. Por fin llegamos al muelle, y al momento se precipita la multitud ante S. I. Inmediato al desembarcadero habíase elevado un soberbio monumento de follaje, al través del cual veíanse pender las nueces de coco, los mangas y otras frutas de toda especie; y en el interior elevábase un trono para el Prelado. Entonces se adelanta el *modliar*, principal representante del poder civil en Jaffna, quien en nombre de todos los cristianos viene á felicitar al señor Obispo por su feliz llegada. «Doce años antes, le dijo, saludábamos en vos á un compañero del Ilmo. Bonjean; no somos hoy menos felices en desear la bienvenida á su coadjutor.» S. I. expresó con efusion su reconocimiento por la recepcion que se le habia dispensado.

Luego adelantóse el *modliar*, y en su nombre y en el de su familia ofreció al augusto recién llegado una cadena de oro con una cruz pectoral del mismo metal, guarnecida de piedras finas de Ceylan. Durante este tiempo la muchedumbre fué en continuo aumento, y al estar todo terminado, S. I. y los nuevos misioneros suben á los coches que los cristianos quieren arrastrar por sí mismos, y de este modo se llega á la catedral.

El Ilmo. Melizan, revestido de sus ornamentos pontificales, cruza las filas del pueblo y llega al pié de las gradas del altar mayor, en donde le esperaba el ilustrísimo Bonjean. Allí, en presencia de los fieles, ambos Obispos se abrazan y entonan juntos el *Te Deum*, que todos los misioneros reunidos en gran número prosiguen con entusiasmo más fácil de comprender que de expresar. En seguida los Prelados dan simultáneamente la bendicion al pueblo cristiano. En este país, entre las tinieblas del paganismo y tan lejos de la patria, tales escenas impresionan vivamente, quedando su recuerdo grabado en el corazon.

En tanto puede estar satisfecha la Iglesia de Jaffna, pues en ella se realiza la palabra de san Juan (*Apoc. xi, v. 4*): *Hi sunt duæ olivæ et duo candelabra in conspectu Domini terræ stantes*. Estos dos Obispos son dos olivos que ha plantado el Señor en lejanas riberas y á cuya sombra vendrán á abrigarse las almas agitadas por las tempestades del mundo; son dos antorchas que llevarán la luz á esas inmensas muchedumbres todavía sumidas en las tinieblas de la muerte. Y el Profeta añade: «Si alguno intenta ofenderles, saldrá de sus bocas fuego ardiente que devorará á sus enemigos; quien quiera herirles ó matar sus obras, asimismo perecerá...» Tal es al pié de la letra la historia de estos dos valientes de Israel. Apenas ponen el pié en la tierra de Ceylan, atemorízase el enemigo de todo bien y quiere destruir su obra: los ministros protestantes se agitan, y se irritan los sacerdotes paganos; pero nada temais, el Señor está con ellos, y sabrán imponer silencio á sus enemigos y hacer triunfar la verdad. Hé aquí, en efecto, lo que sucedió.

Hacia doce años que el Ilmo. Bonjean trabajaba sin descanso por extender la influencia del colegio fundado cerca de la catedral; mas ¡ay! falto de personal sufi-

ciente y de los recursos necesarios, ¿cómo podía esperar, no digo destruir, sino contrarestar siquiera la acción de las escuelas protestantes? Era preciso, pues, orar en silencio y esperar la hora de Dios. Esta hora ha sonado ya. Merced á los auxilios llegados de Europa, el Ilmo. Bonjean ha podido por fin organizar esta obra que consideraba de la mayor importancia. Hoy, efectivamente, el personal del colegio es completo, y no hay ciencia alguna cuyo conocimiento sea útil al hombre, que allí no se enseñe. En él la juventud estudiosa puede aprender los elementos de la literatura griega y latina, y adquirir un conocimiento perfecto de la aritmética y de todas las ciencias exactas; la física, la química y la cosmografía tienen allí su profesor; concediéndose distinguido lugar al estudio de las lenguas, particularmente del inglés, del francés y del tamul: por último, la enseñanza de la filosofía viene á coronar todo el edificio de los conocimientos humanos. Y, como lo decía muy bien el Ilmo. Bonjean en su discurso de apertura, los que quieran seguir los cursos de aquel colegio no pueden menos de llegar á ser hombres completos, habiendo adquirido todo el desarrollo intelectual y moral que es posible desear.

Así, pues, la obra está fundada; y como en este momento el pueblo indio tiene la fiebre del estudio, afluyen solicitudes de todas partes, y no son sólo los cristianos, si que también los paganos de las castas más elevadas, los que piden la admisión de sus hijos. Al presente el número de estudiantes elevase á 250. Mas opondráse una objeción. *Ad quid perditio hæc?* ¿Para qué tantos gastos? ¿No sería mejor emplear el dinero en predicar Misiones? Sí, ciertamente, debemos anunciar la verdadera fe á los pueblos que no la conocen, y Dios nos es testigo de que en el vicariato apostólico de Jaffna se está muy lejos de mirar con negligencia este deber, al que por completo se consagra allí la vida del misionero. Mas de esto á afirmar que la escuela es inútil hay mucha distancia. ¿Quién puede ignorar, en efecto, la influencia de la educación primaria sobre el espíritu y el corazón del niño? ¿Quién no sabe que en suma todo el porvenir del hombre depende de las primeras instrucciones recibidas?

Respecto á Jaffna en particular, hay la inmensa ventaja de que los niños paganos que frecuentan el colegio pertenecen en su mayor parte á las castas más elevadas: si, pues, gracias á la educación cristiana, se convierten, su ejemplo influirá necesariamente en los pueblos, quienes á su vez pedirán en masa ser admitidos en el seno de la Iglesia católica.

Además, los mismos protestantes lo han comprendido muy bien así, pues todo lo han puesto en obra para impedir el movimiento que atraía los niños á nuestro colegio de San Patricio; pero sus esfuerzos han sido absolutamente vanos, y han quedado reducidos á esperar que, faltos de recursos, el colegio no podrá sostenerse: mas no toman en cuenta la generosidad de los católicos de Europa, quienes, á pesar de la multiplicidad de sus obras, no pueden dejar de socorrer una que es bajo todos conceptos interesantísima.

CONGO.

(ÁFRICA OCCIDENTAL).

Esta Mision, largo tiempo abandonada, fué confiada por la Santa Sede, en 1865, á la Congregación del Espíritu Santo y del purísimo Corazón de María, especialmente consagrada á la evangelización del África. Los primeros misioneros que allí fueron enviados fundaron tres establecimientos: uno al Norte, en Ambriz; otro en Mossamedes, al Sud, y el tercero al Centro, en San Pablo de Loanda. Cuatro de ellos sucumbieron en su tarea (1), y los demás, ante los obstáculos de todo género suscitados por el Gobierno portugués, tuvieron que abandonar el país.

Antes de toda otra tentativa, para no exponerse á gastos inútiles y sobre todo para no sacrificar inútilmente la vida de los misioneros, era preciso escoger un lugar que presentase las mejores garantías, así bajo el punto de vista de la salubridad del clima como de la seguridad de la instalación.

Ya en 1870, á su regreso de San Pablo de Loanda, los dos misioneros que habían sobrevivido exploraron la parte septentrional del Congo, no sometida á la dominación portuguesa. Posteriormente (1871-1872) uno de ellos, el P. Carrie, emprendió un nuevo viaje y aún subió por el río Congo ó Zairó hasta considerable distancia. El resultado de estas dos exploraciones fué satisfactorio, y por otra parte las comunicaciones que los vapores ingleses acababan de establecer en aquella costa facilitaban mucho la proyectada empresa.

Para sitio de la nueva fundación se eligió Landana (5° 11' latitud Sur), fuera de la colonia portuguesa, á cuyo punto llegó el viceprefecto, P. Duparquet, en compañía del P. Carrie y del H. Engel, el 8 de Setiembre de 1873, siendo muy bien recibidos por la colonia europea y por la población indígena.

Actualmente la Mision del Congo cuenta cuatro estaciones principales: Landana, Banane, Mboma y San Antonio, según la siguiente relación del mencionado P. Duparquet:

I. *Landana*.—Este punto fué el primero que ocupamos, y forma hoy la más importante de las cuatro estaciones de la prefectura apostólica. Los diversos establecimientos creados en esta localidad no han dejado de prosperar (2). En los últimos meses de 1876 firmóse entre la Francia y los príncipes indígenas un tratado de paz que asegura á un mismo tiempo el porvenir del comercio y el de la Mision. Dicho tratado reconoce al prefecto apostólico la más completa independencia y le cede un hermoso y fértil valle en compensación de los perjuicios ocasionados por una guerra precedente.

Gracias al establecimiento de la Mision, Landana ha llegado ser el punto más importante de la costa, entre Banane y el Gabon; de manera que todos los exploradores de este país vienen á plantar su tienda en el hospitalario suelo de la Mision católica.

II. *Banane*.—Banane, magnífico puerto formado por uno de los brazos del Zairó, es la principal escala comercial del Congo. En sus inmensos almacenes se reúnen para ser enviados á Europa todos los productos de estas ricas comarcas, y es también punto obligado de descanso para todos los misioneros que suben ó bajan por el río. Proponíame erigir aquí una capilla, cuando la Providencia me indicó una cuya existencia había sido hasta ahora completamente desconocida. Todos los que estudian la historia de las Misiones habrán leído en la

(1) El P. Billom, coadjutor, que partió con los primeros misioneros y murió en Ambriz el 25 de Setiembre de 1866; — el P. Lapeyre, muerto en San Pablo de Loanda el 19 de Enero de 1870; — el P. Espitalié, muerto en el mismo punto el 28 de Marzo; — el P. Poussot, vice-prefecto apostólico de la Mision, muerto en Francia el 3 de Octubre del mismo año á consecuencia de las enfermedades que contrajo en sus Misiones del África.

(2) Véase la relación publicada en el tomo I de esta Revista, página 366.

obra del Rdo. Proyard (1) el inesperado hallazgo que en el siglo anterior hicieron los misioneros en Caongo, de una colonia de cristianos emigrados del reino de Sogno. Igual sorpresa me estaba reservada. Fuí un día á visitar al rey del país, llamado Nemlao, cuyo pueblo está situado sobre una montaña que limita hácia el Norte la orilla derecha del Zairo. Yo creía que dicho rey era pagano, y ¡cuál no fué mi sorpresa cuando el buen viejo, oyendo pronunciar la palabra iglesia, me dijo que también él tenía una, y me invitó á visitarla! Seguíle diligentemente, y pronto entré en un pequeño edificio consagrado tan sólo al culto divino. En el fondo había un altar en el cual se conservaban, cubiertos con ricas telas, tres grandes crucifijos de cobre muy antiguos, con el hasta de una cruz procesional de ébano artísticamente esculpida. El rey me contó que su pueblo era una co-

lonia de Sogno que, habiendo cruzado el río, después de una encarnizada lucha había expulsado á los indígenas del Ngoyo. Al dejar el país de Sogno sus súbditos habían traído consigo las sagradas imágenes que les habían legado sus antepasados, y en memoria de la iglesia de San Antonio, tan célebre en su país natal, habían construido esta capilla para guardarlas en ella con veneración. Díjome también que no se aliaban con los pueblos colindantes, y que después de morir eran trasladados otra vez al Sogno para ser inhumados allí en tierra cristiana. Añadió que estaba bautizado y que se llamaba don Pedro. A ruego suyo, el domingo siguiente, fiesta del Rosario, fué á celebrar misa en su iglesia y bautizar á los niños. Al ver las ceremonias del santo sacrificio, el anciano monarca me dijo que realmente eran las mismas que había presenciado en su infancia,



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.— Torrente en el declive oriental del Carizawatoghé. (Pág. 201).

y fué tal su emoción al acto de la consagración, que no pudo contener las lágrimas.

Mi intención es construir en ese país, así que los recursos me lo permitan, una capilla de mayor capacidad con una pequeña habitación para los misioneros que allí vayan de vez en cuando para instruir á los adultos y bautizar á los niños.

III. *Mboma*.— En Mboma se centralizan los productos del alto Congo y los de la orilla derecha. Esta localidad tiene gran porvenir, porque es el punto más elevado del Zairo, por donde pueden subir fácilmente las embarcaciones de cierto porte. Mboma está construido en el mismo sitio donde el río, abriéndose un camino á

través de una cadena de montañas que parece haya roto, se precipita desde lo que pudiera llamarse su cuenca superior á un vasto delta. Encima de Mboma, entre las montañas, la corriente es tan impetuosa que la navegación se hace punto menos que imposible. Las caravanas llegan aquí de San Salvador y de los puntos más apartados del interior del país, y conducen numerosos niños destinados á la venta, tomando de ellos para nuestros huerfanatos el mayor número que nos permiten nuestros recursos.

La importancia y posición de Mboma, situada á cuatro jornadas solamente de San Salvador, hacían allí muy oportuna la creación de un establecimiento nuestro, y con este objeto hemos comprado á los ocho reyes del país una meseta que se extiende, en medio de Mboma,

(1) *Historia de Loango, Caongo y otros reinos del Africa*. — París, 1776.

sobre una roca de granito cortada á pico por la parte del rio y de una altura de 20 metros. Su longitud es de 200 metros y de 100 su anchura. Al pié de la roca, por la parte opuesta al rio, se prolonga un valle con muchos manantiales que utilizaremos para el cultivo. Sobre la meseta levantaremos una capilla con una habitacion.

IV. *San Antonio*.—La obra más importante emprendida recientemente ha sido la reinstalacion de la antigua Mision de Sogno, que los Padres Capuchinos de Italia tuvieron que abandonar á principios de este siglo.

El pequeño principado de Sogno, en otro tiempo vasallo del rey del Congo, fué de todos los Estados africanos el primero que recibió la fe al fin del siglo XV. Durante un siglo, es decir, hasta la conquista portuguesa de Angola, esta cristiandad fué visitada alguna que otra vez por sacerdotes de Portugal; pero despues de la fundacion de su colonia los portugueses reconcentraron en medio de ellos los trabajos de los misioneros, llamaron á San Pablo al obispo del Congo y dejaron este país en un gran abandono espiritual. Durante más de cincuenta años los reyes del Congo no cesaron de pedir á la Santa Sede obispos y misioneros.

La Mision fué por último organizada en 1640, y dirigiéronse á Lisboa varios Capuchinos para embarcarse; pero fué tal la oposicion de los portugueses, que la partida no pudo efectuarse sino cuatro años más tarde, en 1645, en un buque español. Sogno fué destinado para centro de la Mision. El convento de Capuchinos de dicha ciudad sirvió largo tiempo de residencia al prefecto apostólico, que en virtud de los decretos de la Santa Sede extendió luego su jurisdiccion hasta Abisinia. En Sogno residieron multitud de Capuchinos no menos célebres por su santidad que por su talento, entre otros los PP. Cavazzi, Merolla y Zucchelli, cuyas relaciones son conocidas de todos los geógrafos. Los condes de Sogno, que desde entonces se hicieron independientes del Congo, fueron siempre los protectores de los misioneros, y además mantuvieron correspondencia con la sagrada Congregacion de la Propaganda y con los Soberanos Pontífices, que les honraron muchas veces con sus Letras, como puede verse en el Bulario de los Capuchinos (tomo VII).

Así continuaron las cosas hasta comienzos de este siglo, en que los disturbios de Europa y la invasion del Portugal y de Italia por los franceses fueron causa de la pérdida de la Mision. El último misionero fué el P. Serafin, que muchos ancianos de Sogno conocieron cuando niños. La iglesia del convento estaba dedicada á san Antonio, y ha continuado siendo objeto de gran veneracion en este país, al cual ha dado su nombre. Esta iglesia se encuentra hoy aislada en el centro de una gran llanura, á media legua del puerto de Pinda. De la capital de Sogno no quedan más vestigios que las ruinas del convento y las magníficas palmeras que daban sombra al palacio de los condes.

Despues de la marcha del P. Serafin la poblacion, á consecuencia de una guerra con el príncipe de Futila Zinga, abandonó la ciudad y se retiró á una legua y media de ella junto á la orilla. Los súbditos del convento, que eran muy numerosos, sin renunciar á la posesion del territorio, creyeron más conveniente trasladarse á Pinda, en donde constituyeron un pequeño principa-

do, vasallo del rey de San Antonio, pero gozando de la más completa autonomia. Llamanles todavía «gentes de la iglesia,» y la ciudad de Pinda ha tomado de ellos el nombre de Kingangkisi, es decir «ciudad del sacerdote de la Iglesia.» Su rey es electivo. Don Pantaleon, que actualmente les gobierna, es desde la partida del P. Serafin el séptimo de estos príncipes. Anciano más que octogenario, ha conocido á los últimos misioneros Capuchinos. Al emigrar la poblacion, quedóse él solo cerca de la iglesia de Sogno para constituirse su guardián, y él mismo presidia las ceremonias del culto bajo el titulo de «ministro de la Iglesia.»

Hacia mucho tiempo habia oido decir que aún existia una iglesia en San Antonio; pero como los europeos pintaban á los Mossorongus como terribles piratas, apenas podia creer que todavía quedase allí vestigio alguno de cristianismo. No obstante, en Marzo de 1876, resolví enviar á dicho punto al P. Carrie para cerciorarnos del verdadero estado de las cosas (1). El Sr. Conquy, principal gerente de una casa francesa, puso á disposicion del Padre el vapor *Fanny*, y él mismo quiso acompañarlo á San Antonio. El P. Carrie fué muy bien recibido por el Rey y por todo el pueblo, que le condujeron á la iglesia y le instaron para que se quedase en su compañía. En aquella época no podíamos pensar en una Mision nueva, y el Padre les prometió acceder á sus deseos más adelante. Al regresar, el Rey le confió la educacion de su sobrino y de otros muchos niños.

Algunos meses más tarde, gracias á la mayor suma de recursos que me proporcionó la *Obra de la propagacion de la fe*, pude cumplir lo prometido por el P. Carrie. Fui primero á Banane, en donde aguardé que el Rey me enviase á buscar, y llegué á Sogno el 29 de Setiembre. El Rey dejó á mi eleccion el terreno para la construccion de una casa, y convocó á todos los príncipes vasallos suyos en número de treinta para tratar de la introduccion de los misioneros en el país. El 7 de Octubre los príncipes se dirigieron procesionalmente desde la Real vivienda al sitio de la reunion. Seguia D. Pantaleon llevado en palanquin; y apenas se sentó en el trono, los príncipes hincaron las rodillas, y en esta actitud permanecieron mientras duró el acto. En primer lugar, segun costumbre, bendijo el Rey á la asamblea con un gran crucifijo que lleva siempre consigo, y despues expuso en un largo discurso que el motivo de mi llegada era instruirles y bautizarles, haciéndoles notar que no habiendo venido por mi medro personal, sino por el interés de todos, no era justo que pagase tributo como los demás blancos. Estas razones les parecieron muy atendibles, y convinieron de comun acuerdo que me fijaria en el país sin satisfacer impuesto alguno.

En seguida me ocupé en reunir los materiales necesarios para una habitacion provisional, cuando sobrevino un incidente á modificar mi plan primero.

Desde mi llegada las «gentes de la iglesia» habian reclamado como un derecho el privilegio de tenerme en medio de ellas. Alegaban primeramente que, estando yo encargado del culto divino y del cuidado de la iglesia, debia naturalmente fijar mi residencia cerca de ella. En segundo lugar, perteneciendo las «gentes de la iglesia» á los misioneros, era yo su padre y su rey, y por consi-

(1) Véase más abajo (pág. 205) la relacion de este viaje.

NATAL.

(ÁFRICA CENTRAL).

Carta del Rdo. P. Porta, oblato de Maria Inmaculada.

Pietermaritzburg, fin de Diciembre de 1880.

guiente debía vivir con mis hijos. Como sabía que esta combinación disgustaba al Rey, había tomado el partido de oponer una constante negativa á sus importunidades, y entonces dirigieron al mismo Rey, fatigándole con repetidas diputaciones é intimidándole con amenazas de guerra, y además interesaron en favor de su causa á los príncipes vecinos. Para librarse de tanto enredo el Rey me hizo llamar y declaróme que no se oponía á mi instalacion entre las «gentes de la iglesia.»

A la mañana siguiente fui á llevarles esta nueva, que fué acogida con indescriptible alegría. Permitieronme escoger el sitio más bello de Pinda, el de una iglesia en donde se había venerado una milagrosa imagen: luego, toda la población puso manos á la obra con ardor; y al cabo de seis horas, cuando volví despues de cargar mi mueblaje en sus piraguas, encontré con gran sorpresa mia toda la colina desmontada y construidas dos lindas habitaciones. A ellas añadí luego un oratorio, una escuela y otras dependencias indispensables, de suerte que el tal establecimiento, aunque modesto y construido únicamente con hojas de palmera y bambúes, basta para albergar, á lo menos provisionalmente, dos ó tres misioneros.

La iglesia de San Antonio ha sido restaurada, sobre todo el altar mayor, así como un mueble de la sacristia en el que se guardaban objetos del culto. Entre estos últimos debo citar: la cruz del altar, de plata cincelada y de magnífica labor; un incensario y una naveta, igualmente de plata cincelada y obra del mismo artista, Fernando Porto, con la cifra 1668; un cáliz de plata dorada, y en fin varias imágenes enriquecidas casi todas con preciosas coronas. Delante las ruinas del convento hay una campana con esta inscripcion: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* con la cifra 1700, fecha que corresponde á la administracion del P. Francisco de Pavia, prefecto apostólico de la Mision. El convento estaba defendido por gruesos cañones, medio hundidos y que los negros son incapaces de levantar. Todavía existen muchos de los magníficos árboles que daban sombra á los jardines del convento, y entre ellos son de admirar algunos inmensos tamarindos.

Los negros saben las oraciones católicas en su propio idioma, y las cantan con una melodía nada comun con nuestros cantos de Europa. Durante el corto tiempo que permanecí en San Antonio con el P. Carrie bautizámos 131 niños. En la escuela que abrimos en Pinda presentaron gran multitud de ellos; pero como debíamos mantenerlos, no pudimos aceptar más que un número determinado.

La Mision de San Antonio ofrece, pues, bellas esperanzas, si Dios nos concede la gracia de vencer todas las dificultades que el demonio nunca deja de suscitar contra empresas de este género. Vamos avanzando con reserva y con prudencia. Antes de ir más lejos, veremos qué nos dice la experiencia tocante á los Mossorongus, que, como ya tengo dicho, han adquirido pésima reputacion. Estos pueblos son muy guerreros y orgullosos de su independencia, y temen á los europeos, que no podrían penetrar en el inextricable laberinto de sus rios. El misionero no tiene más garantía de seguridad en medio de ellos que sus buenas disposiciones con él.

El día de Navidad, á las diez de la noche, el cafre al servicio de la Mision me entregó una carta de mi patria. Segun costumbre de los misioneros cuando reciben noticia de su país, la he devorado con la vista, reservándome saborear luego todo su perfume.

¡Qué diré de nuestra Mision! Recuerdo esta frase de san Francisco Javier: «Nada más tengo que escribiros de este país, sino que todos los que á él vienen para trabajar en la conversion de los herejes y de los idólatras experimentan uno de los mayores consuelos del mundo.» Si, lo digo con toda sencillez, mi gozo más vivo en esta ciudad colonial es visitar las casas de los negros ó de los criollos. Despues de algunas palabras de aliento doy una imagen, una medalla ó unos rosarios, y señalo la hora del catecismo. Estas pobres gentes están mal vestidas, mal aposentadas, mal alimentadas y poco instruidas, pero su alma es bella, y el gozo del misionero no tiene igual cuando los ve á todos arrodillados á los piés de la santísima Virgen, cantando himnos á María, y rezando el Rosario por los asociados de la Propagacion de la fe y por sus bienhechores.

En Pietermaritzburg tenemos blancos y negros. Los primeros hablan la lengua inglesa, y celebran sus actos religiosos regularmente en la iglesia de la Mision. Los segundos son de diversas clases. Hablemos ante todo de los naturales del país, cafres, zulús, hotentotes, basutos, griques... En la ciudad no se convierten fácilmente, á causa de la inestabilidad de su estado. Un cafre no contrata sus servicios sino por dos meses; pues pasados éstos tiene necesidad de descansar otros ocho ó diez en su *kraal*; sin esto, como él dice, moriría muy pronto. De aquí se sigue que convertir y bautizar un negro en dos meses sería las más de las veces una imprudencia.

Los cafres son, en efecto, arteros, mentirosos, llenos de vicios y de malas costumbres. Antes de bautizarles es preciso asegurarse de su perseverancia: así es que vamos á predicar, enseñar y bautizar hasta en los *kraals*, como se practica ya en el Basutoland y en breve se hará en el país de los zulús.

Un *kraal* es una poblacion cafre. Las casas á cordel, la delineacion de las calles y el lujo de las fuentes son cosas fáciles en nuestros países de Europa, pero de las que se pasan muy bien los cafres. Un *kraal* contiene algunas chozas pajizas de forma cónica, un cercado para los rebaños, y párese de contar. En el centro se encuentra la gran vivienda del jefe, cuya puerta ordinariamente la adornan algunas insignias guerreras ó cuernos de buey. En ella es donde se tiene el consejo, y delibérase acerca los placeres, los juegos, las comilonas; y como allí apenas se trata de Dios, entretienenles las obras del demonio. En un *kraal* los hombres nunca trabajan; permanecen muellemente acostados todo el día... Los niños corren tras los rebaños, y las mujeres trabajan la tierra. La mujer cafre tiene á su cargo sembrar y recolectar el maíz: el hombre hace el *porridge* ó *polenta* cafre, único plato de los naturales.

Nada les falta á los cafres. Si carecen de las ventajas de las ciencias y de las artes, han recibido en cambio los dones de la naturaleza. Así puede tenerse por cierto que no son tan salvajes como se cree. Los convertidos, por ejemplo en el Basutoland, llegan á ser muy buenos y abandonan por último sus malas costumbres. Recientemente nos escribía el Rdo. P. Deltour que en el campo de los basutos los mismos paganos han querido que todas las tardes se hiciese la oracion de *Roma*, y al lanzarse al combate cantan siempre el *Ave Maris Stella*. Nuestros Padres han dado tanto á los paganos como á los católicos las medallas de la santísima Virgen, y todos la llevan al cuello. Los cafres dicen que si consiguen reconquistar su independencia en el Basutoland, arrojarían á los ministros anglicanos, para no conservar sino á los romanos, como nos designan.

Parece que terminada la guerra contra los ingleses los cafres serán aún más favorables á nuestra extension en sus *kraals*. Quedarán empero las únicas dificultades que ellos no sospechan, el vicio y la poligamia. Por lo tanto, es un deber de las almas verdaderamente apostólicas orar frecuentemente para que Dios se digne allanar el camino á los misioneros. Vencer la poligamia es cosa muy difícil al hombre, pero ciertamente muy posible á Dios. Hé ahí la piedra de escándalo; hé ahí en dónde se muestra el verdadero celo, y en dónde la caridad, lejos de desalentarse, se fortifica ante el recuerdo del bien inmenso que falta todavía realizar.

Además de los cafres ó naturales, encuéntrase también aquí coolies ó indios trabajadores. Estos negros son menos salvajes, más civilizados y comunmente más instruidos en nuestra Religión. Muchos de ellos son católicos, y habitan el litoral y las ciudades coloniales en donde es mayor el trabajo. Para su evangelización nos convendría un sacerdote especial, pues su idioma es muy difícil y diferente del zulú ó cafre. Con especial predilección visito á estos infortunados en sus cabañas, pues tienen tan pocos consuelos en esta tierra, que ciertamente merecen todos los cuidados del misionero.

Después de los coolies vienen los criollos ó los mauritanos, que hablan el francés. Son negros, pobres é ignorantes. A mi llegada á Pietermaritzburg he logrado reunirles para el catecismo, como lo hago con frecuencia. Muchos negros rezagados han hecho ya su primera Comunión. ¡Oh! ¡cuán contentos están entonces! ¡cómo me arrancan lágrimas de emoción!

El Transvaal está en guerra contra los ingleses. Los boers, ó antiguos colonos holandeses, se muestran muy irritados y quieren su independencia. El Rdo. P. Crétinow hace dos meses que se encuentra entre los belige-

rantes en el Basutoland: nuestros amigos están, pues, cercados, pero los negros les aman, los ingleses les respetan, y nada tienen que temer sino el hambre. El reverendo P. Schoch permanece en el Kimberley, y me escribe con frecuencia; el trabajo le agobia. Ruega á menudo sobre los sepulcros de nuestros Padres...

Por mi parte ruego también y rogaré toda mi vida por todos los que nos hacen bien, y asimismo por todos los asociados de la Propagación de la fe.

VIAJES.

DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

(Continuación).

Sábado, 1 de Junio.—De Canayama á Chinjo (20 kilómetros) el camino ancho, y á trechos sombrío, serpentea á través de una extensísima llanura. A orillas del mismo vense campos y arrozales bien cultivados, plantaciones de morales y de *uruchi noki* (árboles de laca): todas las casas crían gusanos de seda. Más lejos pasamos por bosques de cedros y entramos en un paseo bordado de pinos. Las chozas y las casas van haciéndose raras, y los campos aparecen sin cultivo. Por la parte del Oeste se divisa el país de Chonai, limitado al Norte por el Tchocáisan y al Sur por el Guassan ó monte de la Luna, cuya forma, cosa rara en el Japon, es plana en vez de ser cónica. Su cumbre, cubierta de perpétuas nieves, alcanza una altura de más de tres mil metros. Siguele al Este una dilatada cordillera: son las montañas sagradas de Yudomo, célebres por las peregrinaciones que á ellas se dirigen cada verano.

Chinjo, situada en esta vasta llanura, es una ciudad de 4,388 habitantes y 867 casas, antigua

capital de la provincia del mismo nombre. El príncipe tenía una renta de 60,000 *cocus* de arroz, ó sea dos millones de pesetas próximamente. Habiendo abrazado el partido del Sud, fué batido por Aidze y Chonai, y su ciudad tomada é incendiada (Agosto de 1868). Al presente está casi reedificada. A dos leguas de la ciudad el camino termina en un río que atravesamos en barca. El lugarcito de Funagata, situado á la orilla izquierda, es célebre por la batalla que en él sostuvo Chinjo contra las tropas de Chonai y de Aidze. Los Kwanguns habían demolido el único puente que podía favorecer el paso de los Tcugawas, y habían tomado posiciones en la orilla opuesta para hacer fuego sobre el enemigo en el caso de que se propusiera pasar éste adelante. A pesar de su resistencia desesperada, viéronse obligados á replegarse sobre la ciudad de Chinjo, que cayó asimismo en poder de



RMO. AYRES DE ORNELLAS Y VASCONCELLOS,
arzobispo de Goa y primado de las Indias.

(Pág. 216).

Chonai.[[]Las treinta casas de Funagata fueron incendiadas.

Después de subir á una colina de algunos centenares de metros vimos á nuestra derecha un nuevo valle. El río sigue su tortuoso curso á través de los arrozales y los campos, y completan el cuadro varias casas esparcidas entre los bosquecillos de *seghis*. A las nueve de la noche llegamos á *Obanaçawa* (2,420 habitantes), pequeña ciudad literalmente oculta entre los cedros.

Domingo, 2 de Junio. — Encuéntanse árboles frutales en abundancia en cada aldea ó pueblecito que atravesamos. Sin embargo, preciso es confesar que las mejores frutas son muy inferiores á las nuestras. La naturaleza volcánica del suelo y las frecuentes lluvias, á veces torrenciales, de la primavera y del estío (el pluviómetro da un término medio de tres metros al año) producen bello follaje y enormes frutos, pero sin sabor. Las castañas, las uvas y las nueces son las mejores frutas de este país: los melocotones, los albericoques y las ciruelas no llegan á completa madurez; las peras son acuosas y casi sin gusto. Una fruta, particular del Japon, merece mencionarse: es el *cahi*, cuya forma es la de una hermosa manzana de color naranjado. Fresca ó en almíbar, es excelente: en este último caso tiene el sabor y la forma del higo confitado. La higuera existe también en todas las provincias. Se ha dicho del Japon: «Flores sin fragancia y frutos sin sabor.» En efecto, las flores son generalmente inodoras, formando la más notable excepción el lirio tigrado ó lirio de las montañas.

Vámonos acercando á los elevados montes del centro: la llanura se convierte en valles y luego no es sino una garganta. Detenémonos un instante, á la mitad de la falda de una colina, para examinar el torrente que acabamos de atravesar, en el fondo de una quebrada, sobre un puente colgante. A nuestros piés, casi á pico, hay el pequeño lugar de *Ghinzan*, el más curioso y pintoresco que puede verse. Deslizándonos por entre los arbustos y los *seghis* escalonados en la escarpada pendiente, llegamos en dos minutos al pueblecito. Las casas, de recomendable limpieza, están adosadas á enormes rocas de las que se escapan aguas termales, llevadas por varios conductos á cada habitación. Ghinzan no es sino una quebrada que da paso al torrente. El nombre del lugar (*montaña de plata*) remóntase al tiempo en que centenares de minas eran explotadas por el Gobierno japonés. Al presente están abandonadas, pero aún subsisten innumerables galerías en los flancos de los montes, que parecen suspendidos sobre la población.

A 700 metros más léjos hay cuatro ó cinco casas que llevan el nombre de Kominohata. Allí mismo empieza la hoz del Carizawa, que tiene de 1,000 á 1,200 metros de elevación. Para descansar entramos en la menos miserable de aquellas viviendas, y algunas horas más tarde, después de haber sufrido un violento huracán, llegamos á Carizawa, pequeño lugar de nueve ó diez casas, en el centro de la hoz que lleva su nombre y en un estrechísimo valle.

Lunes, 3 de Junio. — Sobre la vertiente oriental del Carizawatoghé el camino se introduce en espesos sotos. A mitad de la falda detenémonos breves momentos para admirar un torrente cuyo lecho no es otra cosa que una aglomeración de enormes rocas.

El villorrio de *Kadoçawa*, nuestra primera parada después de haber partido de Carizawa, está situado á la entrada de la llanura de Sendai, la más vasta y una de las más ricas del Norte del Japon. Está cultivada en toda su extensión. El arroz, como en todas partes, es la producción principal; pero la cebada, el trigo candéal y el moreno, las colzas, las patatas, los guisantes y las habichuelas producen en abundancia en estos fértiles campos. El camino es recto y unido. Al ponerse el sol entramos en *Nacanida*, ciudad de 266 casas y unos 2,400 habitantes.

Martes, 4 de Junio. — Después de tres semanas de viaje volvemos á entrar en el Achucaido, notable camino de la bahía de Awomori á Yedo, que habíamos abandonado en Sannohei bajo el nombre de Nambacaido.

Hacia las seis de la tarde vemos á poca distancia de nosotros una ancha puerta. Es la ciudad de *Sendai*, que cuenta unas 50,000 almas si se comprende en el censo de la población las 7,000 familias de *kerais*, en otro tiempo al servicio del daimio. El solo barrio mercantil contiene más de 4,000 casas, habitadas por 21,080 personas.

Miércoles, 5 de Junio. — Al Norte y al Este de la ciudad extiéndese el barrio oficial, plantado de árboles, lo que da á la población el aspecto de una amena campiña.

A las cinco de la mañana despierto sobresaltado al son de los clarines tocando una marcha francesa. Al pronto creo estar soñando, pero la duda no era posible. Seiscientos hombres uniformados como nuestra infantería de línea marchaban arma al brazo en muy buen orden. Si los rostros no descubrieran que eran japoneses, hubiera podido creerme en una ciudad de Francia. Ese batallón hacia escolta á un príncipe ó gobernador que se dirigía á Awomori. Fácil es imaginar que la inesperada aparición de tres europeos introdujo algún desorden en las filas: unos mirábanlos atónitos, mientras que otros, vueltos de su sorpresa, nos saludaban sonriendo, quedando roto el paso á pesar de los clarines.

El barrio mercantil de Sendai nada tiene de notable. Las tiendas presentan en sus mostradores muchos artículos de Europa. Encuéntrese en ellas cerveza, aguardiente, vino, leche condensada, etc.

Nos encontrábamos entonces á poco más de cien leguas de Yedo, y quisimos dar noticias nuestras á los amigos de quienes nos habíamos separado á fines de Abril: con este objeto despachamos un propio que franqueó la distancia en cinco días.

Hasta estos últimos tiempos el correo japonés funcionaba con mucha irregularidad. Así es que los europeos que tenían que expedir cartas importantes por tierra, en los puertos lejanos, no se atrevían á confiarle nada, y recurriáse generalmente á hombres especiales, que se comprometían á llevarlas por sí mismos á su destino en el tiempo convenido. Estos propios eran seguros y rápidos, pero muy costosos: faltaban, pues, á la organización del correo indígena algunas reformas que hiciesen la correspondencia fácil, pronta y al alcance de todos. Tales reformas se han llevado á cabo, y hace algunos meses que el servicio de correos se cumple en toda la extensión del Imperio de la manera más satisfactoria. Los portadores de despachos van continuamente al paso de carrera; una campanilla advierte á la estación inme-

diata que tengan los hombres dispuestos. No se pierde un solo minuto, pues el correo que llega, sin detener su marcha arroja su ligero fardo sobre los hombros del que le sucede, y que á su vez ha emprendido ya la marcha.

Á BORDO DE UN JUNCO CHINO,

por el Rdo. Chaffanjon, de las Misiones extranjerías de París, misionero del Kuy-Tcheu.

24 de Enero de 1880.

Ya me teneis en barca china: viajo ya realmente á la chinesca, soy un verdadero chino. Antes, empero, de haceros la descripción de mi nuevo género de vida, dejadme contaros mi historia desde Chang-hai. Muchas imperfecciones de estilo encontraréis en estas páginas; pero me dispensaréis con sólo calcular que os escribo encima de mi rodilla, sentado en cama, y, como no tenemos más que una pieza para seis, lo hago en medio del ruido de una conversacion capaz de distraer al mismo *pussa* (diablo viejo), que preside al éxito de nuestra travesía, y que está majestuosamente entronizado en la cámara vecina entre dos cirios.

En Chang-hai, pues, nos pusimos el traje chino y nos embarcamos en el *Wu-Hu*, buque inglés, que en tres dias debia hacer la mitad de nuestro viaje por el rio Azul. Hizonos retrasar un poco un accidente de que habian sido ya victimas dos de nuestros cofrades, que partieron una semana antes que nosotros. Su vapor se habia detenido, por falta de agua, á mitad del camino. Otro más temerario, el *Pekin*, en el que tomaron pasaje en seguida, habia subido algo más arriba y se habia encallado en medio del rio: así quedaron hundidos en la arena y pasaron las fiestas de Navidad, sin poder siquiera celebrar Misa. Muchos fueron los buques que ni aun probaron de sacar á los náufragos de aquel mal paso. Uno lo intentó, pero sin resultado. Cansados de esperar, nuestros hermanos saltaron á un vapor chino y llegaron finalmente á Han-keu, en el Hu-pé. Habiéndose acercado nuestro buque al *Pekin* poco despues de su partida, trabajó todo un dia en probar de ponerlo á flote. Consiguíólo y continuó su curso hácia Han-keu, donde desembarcamos doce horas más tarde que nuestros compañeros, que habian salido de Chang-hai nueve dias antes que nosotros. En cuanto al *Pekin*, retrocedió hácia esta ciudad.

En Han-keu tuvimos que recibir hospitalidad de unos extranjeros, porque no hay misioneros de nuestra Sociedad. Pero los Padres Franciscanos nos acogieron como hermanos, y las dos semanas que pasamos entre ellos son como un delicioso oasis en nuestra vida aventurera. Gracias á la confusion de las embarcaciones encalladas, nuestras doscientas cajas se hallaron esparcidas acá y acullá; de consiguiente hubo precision de esperarse para obtenerlas, hacerlas visar en la Aduana, buscar una barca, cerrar el despacho, hacer el cargamento y sobre todo fijar el dia de la partida; porque los chinos no parten ni cuando el viento es contrario, ni cuando nieva, ni cuando llueve un poco fuerte, advirtiéndolo que en invierno siempre hace alguna de las cosas indicadas. Tampoco se embarcan en los dias impares de su mes lunar, porque el *pussa* no lo quiere.

Los Franciscanos son italianos, no habiendo en Han-

keu más que dos franceses: el cónsul y un empleado de la aduana. Nuestros dos compatriotas fueron amables hasta el extremo: nos visitaron, nos recibieron en su casa, y nos ofrecieron sus servicios en las desavenencias que pudiéramos tener con las autoridades chinas.

Hicimos algunas excursiones por la campiña y pudimos seguir á nuestro gusto caminos de cerca un metro de ancho, en los cuales es sin embargo preciso ir de uno en uno. Son tan tortuosos en aquellas vastas llanuras, donde no obstante ningun obstáculo se presenta, que se creeria que para los chinos el camino más corto de uno á otro sitio es cualquiera menos la línea recta.

Despues de muchas impaciencias y disputas, á menu-do muy acaloradas con nuestros agentes, se nos anunció que podríamos embarcarnos el domingo 11 de este mes por la tarde. Descendemos, pues, á una pequeña canoa conducida por un viejo sacerdote chino, llegamos al barco grande y nos instalamos en él. Estábamos contentos, pues creíamos ponernos en viaje al dia siguiente, aunque fuese impar. Los chinos, para burlar al *pussa* cuando la partida cae en dia nefasto, parten sencillamente el dia antes por la noche, es decir, cambian de sitio la embarcación. Aunque no se adelanten más que cuatro pasos, han empezado el camino en verdadero dia par, y el *pussa* está contento. Al dia siguiente despliegan sin temor sus velas al viento favorable que el *pussa* no puede dejar de hacer soplar. Contábamos, pues, partir el lunes, pensando que el domingo los barqueros harian el movimiento habitual en parecidas circunstancias. Ignoro si lo hicieron; pero lo cierto es que al dia siguiente la embarcación no dejó su fondeadero.

Nos consolamos recordando que no éramos nosotros los únicos á quienes sucedia tal desventura. Hace poco tiempo que un obispo se embarcó un jueves en Han-keu, y el domingo siguiente, no habiéndose movido todavía el buque, volvió á tierra para decir misa, cayendo como una bomba en medio de los misioneros que le creian ya bastante lejos. Cuanta más prisa se les da, más calma gastan los chinos, y hace largo tiempo que he comprendido la importancia del consejo que repetidas veces se nos ha dado á los que viajamos por el rio Azul: *Paciencia, paciencia, y siempre paciencia.*

Finalmente, suena el *tam-tam*, silban los cohetes, estallando y tronando con un ruido capaz de conmover el corazón del *pussa*, en cuyo honor se hace todo eso, mientras se encienden nuevos cirios delante de su fea estatua. Es la señal. No llegaremos tal vez hasta de aquí á dos meses; pero ¿qué le hace? Llegaremos, de fijo, pues hemos partido despues de haber hecho la zambra en honor del diablo. Difícil seria describir la batahola que cada mañana se arma en los puertos del rio Azul; ni sabríais como resistirla. Es preciso ser *pussa* para encontrarle gusto á esta clase de música.

Ya nos teneis navegando por el rio Azul. Nuestro procurador de Chang-hai tenia empeño en hacernos llegar á Tchong-kiu-fu antes del primer dia del año chino; pero, en aquella fecha, apenas si habremos llegado á Y-tchang-fu, á la mitad del camino. Además, si seguimos navegando como de algunos dias á esta parte, no llegaremos al Kuy-tcheu hasta 1881. ¡Tres leguas por dia! A pié hubiéramos hecho más camino! Pero somos chinos, y es preciso viajar como ellos, con cachaza.

Y no solamente somos chinos: somos por añadidura grandes mandarines. Nuestros correos, por otra parte buenos cristianos, se han dejado llevar de su inclinación á la vanidad y á la mentira. Han enarbolado orgullosamente sobre nuestro barco los colores imperiales que únicamente puede ostentar el primer ministro de Pekin; y á la sombra de la gloriosa bandera amarilla nos convertimos en grandes, muy grandes personajes, de aquellos á quienes un habitante del Celeste Imperio no puede mirar sino de rodillas y golpeándose en el pecho. Esto, sin embargo, tiene sus inconvenientes. A cada momento nos reprocha nuestro latinista que no nos conducimos como mandarines; nos dejamos ver en nuestras ventanas, nos permitimos fijar los ojos en simples mortales, nos cuidamos demasiado de los demás. Una sola de nuestras costumbres merece su entera aprobación: que entreguemos á nuestros barqueros las picazas y los cuervos que matamos en nuestras numerosas cacerías: esta generosidad es verdaderamente digna de un gran mandarín. Otro inconveniente de la bandera amarilla: si llega á descubrirse este fraude, pueden resultarnos serios disgustos. Pero ¿á qué temer? ¿no está el *pussa* con nosotros y en favor de nosotros?

Os he hablado de cacerías, y esto me lleva á decirlos que una parte de nuestras jornadas las pasamos corriendo por el campo, por no tener mejor cosa que hacer. Nuestro barco se detiene con mucha frecuencia: últimamente pasó cuatro días enteros sin menearse, porque nevaba y el viento era contrario. Cuando anda se le puede siempre seguir y hasta adelantar al paso, de suerte que tenemos libertad de saltar á tierra siempre que no haya población á nuestro paso. Encuéntrase caza de sobra en estas vastas llanuras, sin que se vea ni un solo cazador: es además la caza tan excesivamente temeraria, que se deja matar como quiera, excepción hecha de las ocas silvestres, que hemos visto quizás á millones.

Con todo, falta mucho para que nuestro género de vida sea desagradable. Estamos perfectamente alimentados, á lo menos por ahora: tenemos un buen cocinero, cristiano, todo un hombre de bien, y por cierto el chino que más me ha gustado desde que estoy en China. Le llamamos *Yes*, porque, como cree que en Europa hablamos todos el mismo idioma, se figura ponernos muy contentos citándonos la única palabra que sabe, inglesa por cierto, y nos la repite desde la mañana hasta la noche. Afortunadamente esta ignorancia no le priva de hacernos una excelente cocina casi á la europea. No conozco su apellido: en cuanto á su nombre de pila es *Márcos*, que pronunciamos á la chinesca *Malcus*.

La penalidad mayor que hemos experimentado es el frío. En el departamento ó camarote donde permanecemos día y noche envueltos en nuestros abrigo, sopla el viento á su albedrío. Una mañana mis tres compañeros se despertaron cubiertos por una capa de nieve de medio pie de espesor: era un espectáculo completamente original. Uno de ellos se encontraba tan bien debajo de aquella blanca sábana, que ni levantarse quería: sin embargo, la verdadera causa de su pereza consistía en lo difícil que le era el salir de su agujero sin tomar un baño de nieve de los más completos. Pasámos no sé cuántos días tapando agujeros y hendiduras, pero no lo conseguimos por completo, y no hay más remedio que

mudar de domicilio cada vez que el viento tira la lluvia ó la nieve hacia uno de los costados del barco.

Otro inconveniente es el miedo á los ladrones. Ya varias veces hemos tenido algunas alarmas durante la noche. Como llevamos *rewolvers*, los tenemos cargados al lado de nuestro camarote. No es que queramos matar á nuestros agresores; estamos casi seguros de que jamás tendremos necesidad de llegar á tal extremo; el solo ruido de nuestras armas bastará para asustarles. Tanto es así que cuando pasamos la noche en medio del río, antes de acostarnos viene nuestro latinista á advertirnos que disparemos nuestras armas del lado de la montaña, dice que *ad terrendos latrones*.

Por ahora la disenteria ha desaparecido casi por completo, después de haberme hecho sufrir durante un mes. De quince años á esta parte, gran número de misioneros de los que se dirigían al Kuy-tcheu no han podido resistir la penosa travesía del río Azul. Mis compañeros siguen igualmente bien.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANIKA

(ÁFRICA ECUATORIAL).

Nuestros lectores han podido seguir día por día la primera caravana de misioneros dirigiéndose á su doble destino á través de los desiertos y de las selvas del África ecuatorial. Partida de Bagamoyo el 16 de Junio de 1878, llegó en cien jornadas á Tabora, término de la ruta común á las dos tropas apostólicas.

Los misioneros del Nyanza subieron en seguida al Norte y se establecieron, desde Febrero de 1879, en los Estados del rey Mtesa. Un diario detallado del P. Livinhac nos ha hecho asistir á las peripecias de esta segunda parte del viaje. En cuanto á los misioneros del Tanganika, diversas circunstancias retardaron su marcha de Tabora hasta principios de Diciembre, y han consignado en las siguientes páginas los principales incidentes de sus últimas etapas y de su establecimiento á orillas del gran lago central del África. Esta relación completará nuestros relatos precedentes é interesará á todos los que ven gozosos á los misioneros católicos llevar al corazón del *negro continente*, como decía Stanley, los beneficios de la civilización y la divina luz del Catolicismo.

II.

DE TABORA AL LAGO TANGANIKA.

1 de Noviembre, fiesta de todos los Santos.—La solemnidad que la Iglesia celebra en este día nos conforta con el pensamiento de que el Cielo padece violencia y de que, para salvar almas, el misionero debe pasar por todo linaje de pruebas. Rudas hemos tenido que sufrirlas á lo largo del camino, y otras no menores tenemos en perspectiva. Quieran los Santos del cielo obtenernos fuerza y valor para seguir sus huellas.

Estamos en el Unyanyembé desde el 12 de Setiembre. A pesar de nuestros deseos de salir pronto de esta provincia para dirigirnos á la Misión que se nos ha confiado, dificultades siempre renacientes nos fuerzan á detenernos en este lugar malsano, en donde se resiente nuestra salud y se gastan nuestras fuerzas. Que Dios y sus Santos se apiaden de nosotros.

4 de Noviembre.—Tenemos que luchar contra la mala fe de algunos árabes que se han apoderado políticamente de este país. Nos suscitan dificultades para impedir nuestra marcha, al mismo tiempo que nos hacen falsas promesas en las cuales no creemos. Según dicen, van á enviar hombres para reclutar *pagazis*; nos anun-

cian la próxima llegada de caravanas de Ujiji y del Uganda, y en fin nada omiten para tenernos suspensos, ignoramos el motivo. Mientras tanto se acerca la estación de las lluvias, y acaso nos veamos obligados á aplazar para después de ella nuestra marcha. Por añadidura corren rumores fundados de guerra entre los árabes y Mirambo. El día menos pensado puede el sultán caer de improviso sobre el Unyanyembé y combatir á lo salvaje, según su costumbre; y una vez empeñada la lucha, nos veremos precisados á esperar muchos meses antes de poder llegar á puesto. Todo nos inquieta tanto más, cuanto nuestra salud no tiene trazas de mejorar.

20 de Noviembre.— Pedimos incesantemente al sagrado Corazón de Jesús nos permita salir pronto de este país.

Cada día van escaseando nuestros recursos. No tenemos telas suficientes para pagar á los hombres que deben llevar al Tanganika el material de nuestra Misión, y tendremos que comprarlas á los árabes del país á precios exorbitantes que se harán reembolsar por nuestro corresponsal de Zanzíbar.

Antes de partir, nuestros hermanos del Nyanza han tenido que procurarse de este modo 300 piezas de *satin* (tela ligera de las Indias). ¡Cuántos gastos y penas por la salvación de estas pobres almas, á las cuales se nos envía! Si la mies es copiosa, también lo son los trabajos.

21 de Noviembre.— Una caravana árabe nos trae noticias del P. Charmetant, fechadas en Bagamoyo el 24 de Junio. Nos envía una carta de parte de Ibrahim y de Abd-Allah-ben-Lilah, comerciantes de Zanzíbar, para Said-ben-Habib, su agente en Ujiji. El P. Charmetant nos ofrece, por conducto de estos tres negociantes, el medio de abastecernos sin recurrir á las caravanas de Zanzíbar, ni á los árabes de Tabora. Sería para nosotros buena fortuna si este plan diese buen resultado, pues no tardaríamos en dejar al fin el Unyanyembé para dirigirnos á nuestras estaciones.

24 de Noviembre.— La carta del P. Charmetant ha venido como pedrada en ojo de boticario, pues hoy hemos sabido que Said-ben-Habib acababa de llegar de Ujiji á Tabora con una caravana. Sin perder tiempo, hemos ido á su encuentro para comunicarle las instrucciones de los dos negociantes de Zanzíbar cuyo representante es. Said accede á entregarnos las telas y demás objetos que puedan convenirnos, y además nos promete cedernos cincuenta de sus bagajeros para dirigirnos á Ujiji. ¡Sea Dios loado! Al fin todo parece favorecer nuestra partida.

29 de Noviembre.— Nos faltan todavía cincuenta *paga*zís ó bagajeros. Los PP. Delaunay y Augier van á acampar en un pueblo situado en el camino que debemos seguir, para reunir allí los *paga*zís alistados.

3 de Diciembre, fiesta de san Francisco Javier.— Día bien escogido para ponernos en camino. Ayer nuestro capitán pudo completar el número de *paga*zís que necesitábamos y que sube á 130. Antes de abandonar definitivamente Kihara, vamos á despedirnos de los dos ben-Nassib. El gobernador nos dice que la causa de prohibirnos que reclutásemos nuevos bagajeros en el Unyanyembé se debía á la prohibición hecha á todo árabe y unyamuezi de salir de la provincia hasta nueva orden. Esta se dió en previsión de la guerra que amenaza-

ba. Abd-Allah-ben-Nassib nos pidió cambiásemos por telas nuestros pedernales, así como la sal y los azadones que nos quedaban. Estos objetos no tienen en Ujiji el mismo valor que en el Unyanyembé. En cuanto á la sal, la encontraremos barata en nuestro camino.

A las cinco de la tarde los PP. Dromeaux y Deniaud dejan Kihara con el resto de su caravana. Después de hora y media de camino, llegan al pueblo de Gugué, en donde estaban acampados sus dos compañeros.

6 de Diciembre.— Partimos de Gugué á las ocho y media, y después de tres horas de marcha hacia el Oeste-Sudoeste, llegamos al pueblo de Lucuma. Nuestros *paga*zís parecían echar de menos el Unyanyembé, sobre todo Tabora, que miraban como un país de abundancia; así es que nos costó mucho trabajo reunirlos.

9 de Diciembre.— A las siete seguimos la misma dirección por espacio de tres horas y media, hasta el pueblo de Kilari. Los campos que atravesamos son comúnmente bien cultivados de arroz, maíz y *mutoma* (trigo candeal).

Desde nuestra partida hemos tenido cada noche dos ó tres deserciones. Vuelven á comenzar las dificultades del viaje: todos los días aumentan las exigencias de nuestros *paga*zís, ora sobre lo largo de la etapa, ora sobre el *pocho* (comida).

11 de Diciembre.— Después de dos horas y media de marcha hacia el Oeste, llegamos al pueblo de Usoké. Vuelve á agitarse la cuestión del *pocho*, y nuestros *paga*zís tienen que ceder, aceptando la ración de costumbre. — Debemos proveernos de víveres para diez días, porque vamos á entrar en una selva en la que no encontraremos pueblo alguno.

La dificultad de la caravana en procurarse víveres, el tiempo necesario para hacer moler el arroz y el maíz, las lluvias que sobrevienen; todo nos obliga á detenernos en Usoké hasta el 15 de Diciembre.

15 de Diciembre.— A las ocho partimos de Usoké. Cinco ó seis de nuestros *paga*zís han ido en busca de víveres á los pueblos vecinos, y dejamos un soldado para esperarles y guardar sus paquetes. Nuestra etapa es corta, y esperamos á los rezagados antes de entrar en el bosque. El pueblo en que estamos acampados es el último del Unyanyembé. Nos regocija salir de esta provincia, en la que hemos permanecido tanto tiempo y tenido tantas contrariedades y disgustos.

16 de Diciembre.— Dejamos en fin el Unyanyembé y entramos en la selva. Esta marcha, como la de los días siguientes, nada ofrece de interesante. Día y noche nos vemos rodeados de grandes árboles, sin que nuestros ojos puedan recrearse con la vista de los animales de toda clase que dicen haber visto aquí los pocos viajeros que nos han precedido en estos sitios.

17 de Diciembre.— Cada día tenemos fuertes temporales que entorpecen nuestro viaje y echan á perder nuestras mercancías. Comenzamos hoy una novena para que Dios nos libre *à fulgure et tempestate*.

En los días siguientes continúan las lluvias, pero no nos sorprenden en nuestro camino, sino que caen cuando estamos acampados ó cuando nuestras mercancías están á cubierto. Por lo demás, nuestro capitán desplega en todo especial cuidado y suma actividad.

EL RIO ZAIRO Y SUS ISLAS EN FRENTE DE MBOMA.

(CONGO).

Como complemento á la carta que sobre la Mision del Congo se contiene más arriba, continuamos aquí la relacion de dos viajes que el P. Carrie hizo á Mboma y á las vecinas islas, el primero en Marzo y Abril de 1876, y el segundo en Junio y Julio siguientes. Acompaña la un croquis trazado por el referido misionero en los mismos lugares de su excursion.

I.

El 13 de Marzo dejé á Landana, embarcándome en el vapor *Tornado*, de la casa Daumas y Compañía. El doctor Lucan, que no cesa de prodigarme toda clase de atenciones, tuvo á bien acompañarme. El día 14 llegamos á Banane, pero hasta el 24 no pudo el buque continuar su ruta á la parte superior del río.

En Banane fuimos recibidos de la manera más cordial por el señor Conquy, principal gerente de la casa Daumas, cuyos barcos están á nuestra disposición, no sólo tocante á nuestras relaciones con Europa, sino también á los servicios que pueden prestarnos en la costa africana. En sus factorías encontramos la más generosa hospitalidad. El Sr. Conquy, sugeto muy distinguido y hábil negociante, conoce años há el Congo y sus habitantes, y goza de gran prestigio, así entre los blancos como entre los negros. Apenas conoció el objeto de mi viaje, prometió ayudarme con todas sus fuerzas; tuvo conmigo particulares atenciones, é hizo lo que nunca me hubiera atrevido á pedirle. Aunque israelita de origen y de religion, se ha mostrado por todas partes como un apóstol de nuestra santa fe. Ha querido presentarme á todos

los blancos del Congo, explicándoles el objeto de mi viaje, y gracias á su ascendiente se han mostrado todos muy obsequiosos conmigo.

El día 26 de Marzo el *Tornado* anclaba delante de Mboma, y al siguiente día, á invitacion del Sr. Conquy, la mayor parte de los blancos se reunian en la factoría francesa para asistir á un funeral por los europeos fallecidos en Mboma. Luego, acompañado de todos, fui al cementerio para bendecir las tumbas de los católicos, y

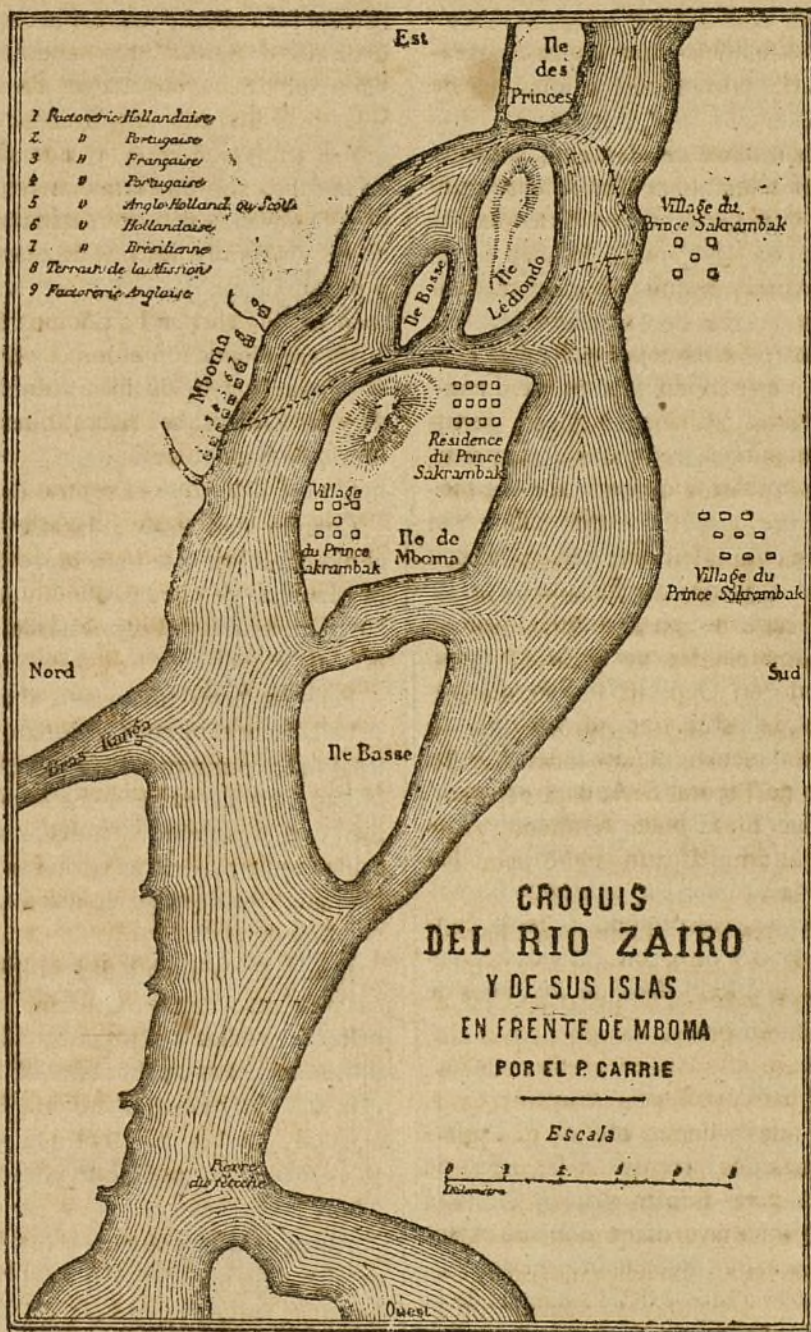
también administré varios bautismos. Era la primera vez que se presenciaban tales ceremonias en este país, y fué tal la impresion que produjeron en los indigenas, que muchos de ellos pidieron el Bautismo.

Nuestro vapor debía permanecer sólo tres ó cuatro días en Mboma, y el tiempo que me dejaron libre las funciones del sagrado ministerio fué empleado en recoger noticias de las comarcas circunvecinas, especialmente de San Salvador. Esta célebre ciudad, antigua capital de los reyes cristianos del Congo, dista cuatro jornadas de Mboma, y á ella conducen dos caminos diferentes.

El primero es el río, por el que se sube hasta Nozuk, pueblo

situado en la orilla izquierda, mucho más arriba de las grandes islas de Mboma. De Nozuk á San Salvador se emplean dos días en hamaca, pero debe añadirse la travesía de Mboma á Nozuk, que ofrece serias dificultades á causa de la impetuosidad del río.

El otro camino, que parece más ventajoso, parte del pueblo del príncipe Sakrambak, situado en tierra firme detrás de la isla Lediondo. Desde Mboma se va á dicho pueblo cruzando el río, y es cuestion de una hora. De allí á San Salvador se necesitan cuatro días.



Deseaba conocer al príncipe Sakrambak, que dicen trata muy bien á los blancos, y convenimos con el señor Conquy en hacerle una visita, pensando que habitaba la isla de Mboma; pero en el acto de ponernos en camino nos aseguraron los negros que vivía en tierra firme. El Sr. Conquy tuvo que renunciar á verle, y nos contentámos, el Dr. Lucan y yo, en hacer una excursión á la mencionada isla. Abordámosla fácilmente en una piragua montada por seis negros. Un pequeño puerto natural, formado por una lengua de arena, se adelanta hácia el río. Antes de poner el pié en tierra tuvimos que atravesar, en hombros de dos negros, un pantano cubierto de yerbas. Luego llegámos á un pueblo, y después á una meseta cubierta de gigantescos árboles y de césped, y terminada al Este por una montaña cubierta de espesura y de 70 á 80 metros de elevación sobre el nivel del río. Por espacio de una hora fuimos costeano las laderas de la meseta y de la montaña. Vimos extensos campos cultivables; pero las gacelas abundan tanto, que hacen punto menos que imposible el cultivo. Canteras de fácil explotación y selvas de corpulentos árboles ofrecen preciosos recursos para las construcciones.

Durante mi corta permanencia en Mboma tuve también el gusto de encontrar al Sr. Chaves, joven portugués muy distinguido, que hizo gran parte de sus estudios en París. Instalado en estos países hace algunos años, pudo proporcionarme bastantes datos sobre San Salvador, tal como hoy existe. Mantiene relaciones con los dos monarcas reinantes, y me ha enseñado cartas de uno y otro, escritas perfectamente en portugués. Uno de ellos, Totola, es llamado por los portugueses con el pomposo título de D. Pedro V, y vive en San Salvador (1). El otro vive á media legua de dicha ciudad, y es reconocido solamente por los indígenas, que desdennan á Totola como hechura de los portugueses. Ambos príncipes están en continuo desacuerdo. Habían, no obstante, formado un contrato para determinar sus recíprocas relaciones; mas por desgracia su buena fe cede muchas veces á los intereses personales, resultando de esto continuas recriminaciones. Uno y otro son católicos, y estampan en sus cartas el sello Real. Dos de los hijos de Totola se han educado en Lisboa.

II.

Hacia mucho tiempo me ocupaba con el P. Duparquet en una cuestión geográfica relativa á las islas de Mboma. En 1871, cuando mi primer viaje á Binda, á 25 millas más arriba de Mboma, había doblado todas estas islas, pero una sola vez y rápidamente. El resultado de mis observaciones era que existía, además de la isla de Mboma y la de los Príncipes, una grande isla intermedia. Más tarde habíamos consultado á personas que por sus viajes en esta parte del río debían, según parece, conocer la cuestión. Unos decían que la isla existía en realidad, y otros lo negaban, afirmando que la gran montaña formaba esta isla, mientras, según los primeros, pertenecía á tierra firme. Consulté el caso con todos los blancos que encontré en Mboma, pero las noticias fueron igualmente contradictorias. No obstante, reflexionando atentamente sobre las islas de Mboma y

reuniendo mis recuerdos del pasado con las observaciones que acababa de hacer, acabé por deducir que la gran montaña debía ser una isla.

Hasta mi tercer viaje en el Congo no pude adquirir por mí mismo la deseada solución. El 1.º de Julio partí con seis negros y una buena piragua para subir por el río hasta la altura de la isla de los Príncipes. Por todo instrumento geográfico ó náutico tomé sólo una brújula fija en una escuadra de agrimensor. Fuimos siguiendo la orilla derecha, de suerte que pronto desapareció Mboma. Pero un poco más allá la corriente nos empujaba con rapidez mucho mayor, precipitándose sobre las rocas á flor de agua; y por ligera que fuese nuestra embarcación, debía engolfarse, en cuyo caso la corriente y los remolinos nos arrastraban. Fué preciso que un negro se arrojase al agua, y saltando de roca en roca tirase de la canoa con una larga cuerda, mientras los otros negros la alejaban con gran trabajo de las peñas con ayuda de sus remos. En fin, después de muchos esfuerzos y peligros ganámos la isla de los Príncipes. Allí sobre todo temí la corriente; por fortuna, estando baja el agua, el río era menos impetuoso, y llegué sin nueva aventura al pueblo del príncipe Sakrambak, en la orilla izquierda y en tierra firme. Había, pues, reconocido y doblado la isla Lediondo, y me hallaba en la orilla opuesta del brazo del Zairo que la separa del continente.

Cuando uno llega á la isla de los Príncipes y puede el ojo descubrir este gran brazo del río, queda asombrado. La vista se pierde ante el número de pueblos, ribazos y montañas del más variado aspecto hasta la *Piedra del fetiche*.

Pensaba hacer una visita al príncipe, pero supe que se hallaba en el interior en busca de productos comerciales, y que comunmente reside en un pueblo de la isla de Mboma, en el extremo Este-Sudeste. Dijéronme también que le pertenecen muchos situados á lo largo de la orilla izquierda del río, y que la isla Lediondo está inhabitada. Puede tener de dos á tres kilómetros de largo por uno de ancho.

Desde dicho pueblo dirigíme á la isla Lediondo, cuya costa fuí recorriendo. Contiene valles y ribazos de gran belleza. Árboles y plantas variadas cubren la parte más inmediatas al agua. El resto de la isla casi no es más que una alta montaña cubierta de arbolado en la parte oriental. Atravesé el canal que separa las islas Lediondo y Mboma, y regresé á este punto á las once de la mañana.

Antes de dejar Mboma, permitidme añadir algunos detalles. Me han dicho que el Sr. Grandy ha llegado hasta las famosas cataratas del Congo, y no ha encontrado más que *yalala* (rápidas corrientes). El agua se precipita con gran furia por entre rocas é islotes. En medio de la corriente hay enormes peñascos de pulida superficie, en los cuales ha leído aquel viajero inscripciones que cuentan más de 260 años y ofrecen grande interés, porque hablan de los misioneros que en aquella época visitaron el país.

Aunque Mboma, por estar situada muy adentro, parece debe hallarse á merced de los negros, no es así. Estos, lo mismo que sus jefes, están completamente domados y subyugados por los blancos. Me aseguran además que todos los blancos de Mboma verían con placer

(1) Véase en la pág. 44 una carta reciente de este monarca al Padre Carrie.

que fundásemos un establecimiento en la localidad, pues han oído hablar en muy buen sentido de la Misión de Landana. En mi último viaje he podido convencerme de que no era este un vano cumplimiento; pues todos se han apresurado á secundar mi proyecto con sus consejos y por todos los medios que han podido. El Sr. Pape, gerente en jefe de la casa holandesa, ha dado muchas veces á su agente, el Sr. Pinto Mardeo, las órdenes más formales para prestarme todo su concurso á fin de favorecer nuestra instalacion.

En cuanto á los negros, son generalmente reputados los mejores de la costa. Me han asegurado que los reyes de San Salvador nos serian muy favorables, y que si hubiesen sabido mi presencia en Mboma hubieran enviado en mi busca sus propios hijos.

...En mi último viaje descendí de Mboma en piragua, haciendo escala en Ponta da Leña, de donde partí á la mañana siguiente para llegar á Banane al medio día. De Mboma á este último punto empleé doce horas de navegacion; mas para efectuar estos viajes sin peligro es menester que la piragua sea grande y sólida y que el rio esté tranquilo. Fuera muy arriesgado navegar por el Zairo cuando el viento agita las aguas. En tiempo de calma, al contrario, la navegacion es muy rápida y agradable.

CRÓNICA.

Bombay (Indostan).—Lord Ripon, virey de las Indias, ha enviado á Bombay un donativo de 500 rupias (1,140 pesetas) para contribuir á la construccion de un ala del nuevo colegio de San Francisco Javier de dicha ciudad.

Madras (Indostan).—El duque de Buckingham, que ha sido relevado de su cargo de gobernador de Madras, la víspera de su marcha entregó al P. Colgan, provicario apostólico, la cantidad de 1,500 rupias (más de 3,325 pesetas) para las obras de la Misión. Ya en 1880 habia puesto á la disposicion de los misioneros católicos 15,000 pesetas para los hospicios de niños huérfanos y desvalidos.

Hong-kong (Isla de).—La Rda. M. Maria Stella, superiora de las Canossianas ó *Siervas de los pobres* de Hong-kong, escribe desde esta ciudad:

«...Las 170 niñas de nuestro huerfanato nos dan mucho consuelo. Todo el día lo pasan en variados ejercicios y muestran mucha aficion al trabajo, lo cual les permitirá, cuando sean mayores, ganar honradamente su sustento.

«Dios bendice tambien de un modo particular las demás obras de caridad practicadas en nuestro establecimiento. Las clases de niñas externas son muy frecuentadas, y no nos cuesta pocos sacrificios mantenerlas en vigor. Pero si las escuelas católicas son necesarias en las poblaciones enteramente católicas, mucho más lo son en esta colonia que cuenta tantos establecimientos paganos y protestantes.

«Hace algunos años tenemos abierta una escuela para niñas ciegas, muy numerosas en China. Sus progresos han sido tales que nos han permitido este año celebrar exámenes públicos con general satisfaccion, presentando en ellos labores exquisitas de aguja, flores, encajes, etc., todo lo cual sirve para mejorar la situacion de estas desgraciadas.»

Africa ecuatorial.—Cuando los misioneros de Argel penetraron en el Uganda el 17 de Febrero de 1879, los ministros anglicanos se hallaban en aquel punto hacia algun tiempo, pues habian llegado por la via del Nilo. La influencia de Gordon-baja, gobernador inglés del Sudan egipcio, les habia facilitado por dicho camino un viaje pronto y feliz.

Noticiosos de la llegada de los misioneros católicos, los ingleses se esforzaron en persuadir al rey Mtesa que no les recibiese; pero éste

deseó conferenciar con aquellos sobre su religion, como acostumbraba con los extranjeros. Poco á poco cesó de admitir en la real vivienda á los protestantes, que acostumbraban los domingos hacer allí su predicacion y lectura de la Biblia; y en cambio invitaba frecuentemente á los misioneros católicos para que enseñasen su doctrina. Él mismo quiso presidir una conferencia pública, á la cual asistieron los letrados árabes que habian convertido á dicho monarca al monoteísmo, y un catequista protestante instruido por los ingleses de Zanzíbar. La discusion recayó sobre la santísima Trinidad y sobre la divinidad de Jesucristo. Los musulmanes tuvieron que exponer en seguida la doctrina del Coran, y el Rey resumió el debate con estas palabras: «¡Jesucristo es, pues, Dios, y la doctrina que enseñan los Padres la única verdadera!» Y añadió: *Monpira atasomessa*, que quiere decir: «Mi Padre es el que nos instruirá.»

Parte de estas noticias llegaron hace ya muchos meses á la *Church Missionary* de Lóndres, pues los ingleses, gracias á los enormes subsidios que la Gran Bretaña proporciona á sus misioneros del Africa, han podido organizar, de los lagos á la costa, un servicio postal que funciona bastante bien.

En su número de Enero último el *Africa explorada*, periódico protestante de Ginebra, indicaba que se habia obrado un cambio completo en Mtesa y sobre todo en sus cortesanos contra los ingleses, que iban á verse obligados á salir del Uganda. Los ministros protestantes, sin embargo, distaban mucho de atribuir este cambio á los misioneros católicos, y acusaban de él á los árabes y á los wanguanas (comerciantes venidos de la costa), enemigos declarados en especial del Sr. Mackay, uno de los jefes de la Misión inglesa.

El P. Lourdel atestigua efectivamente en una carta suya ese estado de los ánimos y de las cosas, y lo atribuye sobre todo á la susceptibilidad del Rey, que en su recelo y desconfianza se imagina que el objeto de Inglaterra es apoderarse un día de sus Estados. En cuanto á los árabes y wanguanas, muéstranse hasta aquí favorables á los misioneros franceses, sin duda por espíritu de oposicion á los ingleses, convencidos de que estos últimos trabajan por expulsarles del Uganda para monopolizar en su provecho propio el comercio del país.

Lo cierto es que dos misioneros protestantes, Wilson y Felkin, abandonaron el Uganda en 15 de Junio, y los demás debian juntárseles algunos dias despues en Mruli cerca del lago Kodja, formado por el Nilo en la frontera Norte del Uganda.

Túnez.—La atencion universal está actualmente concentrada en la regencia de Túnez, en guerra con Francia. Para los católicos tiene este país recuerdos gloriosos, como que fué santificado por el martirio de san Cipriano, la muerte de san Luis, el cautiverio de san Vicente de Paul, la sangre de millares de mártires y de esclavos cristianos, y dió al mundo Tertuliano, san Cipriano, Arnobio y Lactancio.

A 11 kilómetros de Túnez se encuentran cerca de la aldea de Molga, habitada por algunas miserables familias árabes, las ruinas, hoy poco importantes, de un anfiteatro, célebre en las sangrientas persecuciones que sufrió distintas veces la Iglesia de Cartago. En él obtuvieron la palma del martirio multitud de cristianos, destrozados por los dientes de las bestias feroces, ó acuchillados por la espada de los gladiadores.

Entre dichas victimas hay que citar esas mujeres heroicas llamadas Perpetua y Felicidad.

Tales recuerdos deben hoy evocarse; á esos Santos y Mártires debe pedirse que los consejos de los hombres sirvan para gloria de Dios y extension de su Iglesia, y que la de Cartago, antes tan floreciente, sacudiendo al fin el polvo de sus ruinas, aparezca como ciudad nueva, más resplandeciente y hermosa.

—Túnez forma un vicariato apostólico, con nueve estaciones ó parroquias establecidas en la costa desde la frontera de Argel hasta la de Trípoli, y son: 1.ª *Túnez* (la capital), con una iglesia y cuatro capillas, 11,500 cristianos, 8 misioneros y 4 sacerdotes indígenas. Los Hermanos de las Escuelas cristianas tienen dos establecimientos con más de 300 alumnos. La educacion de las niñas corre á cargo de las Hermanas de San José de la Aparicion, que sirven tambien un hospital. — 2.ª *La Goleta*, con una iglesia bajo la advocacion de San Fidel de Sigmaringen, terminada en Junio de 1866. Cuenta 1,300 católicos, 2 misioneros y 1 sacerdote indígena. — 3.ª *Souza*, con 700 católicos, 1 misionero y 2 escuelas á cargo de las Hermanas de San José. — 4.ª *Sfax*, con 680 católicos, 1 misionero y 2 escuelas dirigidas por las mismas Hermanas. — 5.ª *Gerbi ó Djerba*, isla situada en el punto más oriental de la costa tunecina, con 250 católicos y 1 misionero. Todos los viajeros que han visitado esta isla hablan de un monumento digno de la barbarie de los turcos; especie de pirámide

de 8 metros de altura, formada con las cabezas de los españoles que perecieron en un combate sostenido en 1558 bajo las órdenes del duque de Medinaceli y de Andrés Doria contra el ejército otomano mandado por Kara Mustafá. En 1845, al volver de su visita pastoral en dicha isla, el Ilmo. Sutter se dirigió al cónsul francés en Túnez, pidiéndole representase al Bey cuán indigno era de su gobierno dejar subsistir este monumento de odio contra los cristianos. (V. pág. 209). La orden dada para destruir dicha torre no se cumplió hasta 1848, y el P. Cayetano de Ferrara recogió piadosamente aquellos restos humanos y les dió sepultura en el pequeño cementerio católico situado á orillas del mar.—6.^a *Medbia*, pequeña ciudad en la que viven 215 católicos en compañía de 1 misionero.—7.^a *Biseria*, con unos 100 católicos, sin contar los que acuden durante la bella estación para la pesca del coral.—8.^a *Porto-Farina*, con 80 católicos malteses ó tabarquinos.—9.^a *Monastir*, inaugurada en 1862 y habitada por 220 católicos.—Además de estas 9 estaciones existen en muchos puntos de la Regencia grupos de católicos, poco numerosos todavía para que puedan los misioneros fijar en medio de ellos su residencia.

Colombia británica.—Tomamos los siguientes detalles de una carta del Ilmo. Durrieu, oblató de Maria, obispo de Maropolis *in partibus*, y auxiliar del vicario apostólico de la Colombia británica.

«Diré algo de mi visita á una tribu de salvajes que vive en las montañas... El día era hermoso, y mis compañeros estaban alegres, ¡como que guiaban al *Ropa morada*! Cuando rezaba Horas ó el Rosario, el jefe de la banda decía á los otros:

«—Nuestro Padre el *Ropa morada* conversa con el Jefe del cielo. Callemos y enviemos nuestro corazón á Jesucristo; pidámosle que nos ayude á ser buenos.

«Entonces guardaban silencio hasta que terminaba mi rezo.

«Estos buenos neófitos profesan tierna devoción á la sagrada Eucaristía, y su mayor dicha es orar cerca del tabernáculo. Niñas de seis á diez años van cerca del buen Jesús por grupos de quince ó diez y seis, y la mayorcita habla en nombre de sus compañeras. Hé aquí una de sus infantiles preces:

«¡Oh gran Señor Jesucristo! Tú has venido á morar con nosotras. «Sí, tu vives en esa casita (tabernáculo), y no podemos verte, ¡tan humilde te has hecho ocultándote bajo la apariencia del pan! Pero sabemos que resides aquí, tú que viniste á la tierra, y moriste en cruz «por nuestros pecados, y ahora estás sentado á la diestra de Dios Padre. Tú has querido vivir en la Eucaristía y quedarte con nosotras. «Aquí estás, en esta iglesia, y nos ves de rodillas, y oyes nuestras palabras. ¡Oh buen Jesús! no queremos dejarte en soledad; queremos hacerte compañía y decirte que te amamos mucho, más que á «nuestro padre y á nuestra madre. Haz bueno nuestro corazón, hazle «fuerte contra el pecado, purifícanos para que pronto podamos introducirte en nuestro pecho. ¡Oh Jesús! ¡tú ves cuánto te amamos! «Por tí seremos humildes, por tí obedientes, castas y pacientes...»

Australia.—Hace cuarenta y tres años el Ilmo. Gould, arzobispo de Melbourne, llegaba á la Australia para consagrarse á los trabajos del apostolado. Cuando en 9 de Julio de 1847 fué nombrado primer obispo de Melbourne, sólo había en toda la provincia de Victoria un sacerdote, una escuela y una iglesia en construcción. Melbourne es hoy Sede arzobispal con más de 60 misioneros.

—La asombrosa y espléndida catedral que por suscripción entre los católicos se está construyendo en Sidney, se cree que estará prontamente construida para 1.^o de Enero de 1882, contándose que en la fiesta de Reyes se podrá hacer su inauguración.

Hace poco, el Arzobispo propuso á los católicos que se reunieran en la pro-catedral para levantar fondos para la obra, y notóse que áun los protestantes acudieron en gran número; de tal modo, que se llenaron las inmensas naves del templo, el coro, el trascoro, las tribunas y hasta el mismo altar mayor.

El señor Arzobispo pronunció una alocución conmovedora, después de la cual se hizo una colecta cuyos productos, que excedieron á cuanto se había calculado, se contaron por millares de libras. A más de esto formóse allí mismo una comisión de católicos autorizada por todos los de Sidney y gran parte de la Australia, para arbitrar cuantos recursos sean necesarios á fin de que la catedral sea una de las más grandiosas del mundo.

«Australia, dice la carta que da las anteriores noticias, será católica en su inmensa mayoría, á pesar de los esfuerzos, nunca muy grandes, pero cada vez más estériles, de los ministros anglicanos: no solamente los católicos de Australia son muchos, sino que están unidos *corde uno*.

—La última Memoria anual del Ilmo. Torregiani, obispo de Armidale, contiene interesantes detalles sobre el estado de aquella Misión.

«La diócesis de Armidale, de igual extensión que Francia, es limitada: al Este por el Océano Pacífico, desde el puerto Macquarie hasta el cabo Danger, cerca de Brisbane en Queensland; al Oeste por el río Namoi; al Sud por el río Hasting y la cordillera del mismo nombre hasta el origen del Namoi.

«Este inmenso territorio no cuenta más de 50,000 habitantes, de los cuales son católicos una quinta parte. Actualmente sólo tengo diez y siete sacerdotes, y se necesitan muchos más. A mi llegada en Noviembre de 1879 no encontré en toda la Misión sino dos localidades provistas de escuelas católicas, y en los demás puntos los niños iban á las clases protestantes con gran peligro de su fe.

«Desde que comencé mi visita pastoral, el 2 de Febrero de 1880, no he parado de viajar, esforzándome en visitar detalladamente cada porción de mi diócesis á fin de conocer á todos los católicos que contiene. A este fin he debido trepar altas montañas, atravesar vastas llanuras, ríos anchos y profundos; recorrer inmensos bosques, acampando bajo los árboles y durmiendo al raso, oculto entre malezas y expuesto á los ataques de las bestias feroces y serpientes. En medio de estas fatigas mi alma estaba inundada de consuelos cuando al encontrar algunos católicos podía administrarles los sacramentos de Penitencia, Eucaristía y Confirmación.

«He fundado escuelas-capillas en doce localidades y escuelas simples en otros seis pueblos menos importantes, y espero que pronto podré asegurar los beneficios de la enseñanza religiosa á todos los niños católicos.»

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

VIII.

Asimur. — Río Morbea. — El astuto Zeyam. — Seducción. — Desengaño de los portugueses. — Vuelta á Lisboa. — Nueva expedición. — Asimur por Portugal. — Reconquista por los moros. — Luis de Loureiro. — Los Santones. — Sorpresa. — Abandono de Asimur. — Población. — Los judíos. — Camino de Mazagan.

De Casablanca á Asimur hay 73 kilómetros: el camino que separa ambas ciudades, bastante accidentado, ofrece algunas perspectivas muy agradables, debiéndose añadir á esto la riqueza de aquellos campos, que son sin disputa los más productivos de Marruecos. Siendo la jornada demasiado larga para un solo día, es preciso pasar la noche en un *kasbah*, muy oportunamente situado, después de atravesar un espeso bosque, y al día siguiente se llega temprano á Asimur. Esta ciudad se halla en la embocadura del río Morbea ó Morbeya (Um er-Rebiah), el *Asama* de los romanos, sobre una altura de 15 metros: los moros la llaman también Muley Bus-sai, nombre del santón que le han dado por patrono.

Fué fundada por los beréberes; estuvo sucesivamente bajo la dominación de los romanos y griegos, y los árabes se apoderaron de ella, conservándola en su poder hasta principios del siglo XVI.

Por este tiempo el ambicioso Zeyam, primo del emperador de Fez, maquinaba el modo de hacerse dueño de la importante plaza de Asimur, cuya posesión facilitaría en gran manera sus ulteriores planes. Pero su escaso prestigio entre la gente del pueblo le hizo ver en esta empresa una verdadera locura, y adoptando planes y rechazándolos por otros mejores á su juicio, vino á dar en la idea de valerse de los cristianos para el logro de sus deseos.

Como Portugal era la nación que más intereses tenía en África ó la única que los tenía, el astuto Zeyam pensó ponerse de acuerdo con el Gobierno del rey D. Ma-

nuel. Envió, pues, un emisario á este monarca manifestándole que por varios y serios disgustos que habia tenido con el sultan su primo, y por otras para él atendibles razones, estaba dispuesto á entregar la plaza de Asimur á los portugueses, siempre que el rey quisiese enviar alguna gente que la ocupara y defendiera en el caso probable de que los moros la quisiesen recuperar.

Tan bien urdida estaba la trama, tan asegurada la traicion y tan bien combinadas las medidas para llevarla á efecto, que D. Manuel cayó en el lazo y dispuso el envío de una armada, á cuyo frente debia ponerse el más hábil de los capitanes portugueses, el ya acreditado y famoso D. Juan de Meneses, jefe muy popular en el ejército, en quien los soldados tenian la confianza más absoluta por ser un caudillo muy diestro y ejercitado en las guerras contra los moros. Pero ¿qué puede todo el valor imaginable en lucha con la doblez y la traicion?

Lo que pudieron los engañados portugueses en esta desdichada expedicion.

El 26 de Julio de 1508 zarpó de Lisboa la armada conduciendo 2,000 infantes y 400 ginetes, cuya fuerza se creyó suficiente para custodiar la plaza que debia ser entregada. Arribaron los portugueses con toda felicidad ante Asimur; pero fué grande su sorpresa el ver que ni la ciudad estaba abandonada, como se les habia hecho creer, ni el traidor Zeyam venia á reunirseles. Muy léjos de eso, mostrando el patriotismo más ferviente, se puso á la cabeza de la fuerte guarnicion, diciendo que queria morir como buen musulman en lucha contra los *infielos*, y que todos debian jurar quedar bajo los escombros de Asimur, antes que permitir la entrada de los cristianos. Este lenguaje le captó simpatías universales; los demás jefes se dejaron imponer de él, y el resultado fué que vino á quedar dueño de la plaza, que era lo que inten-



TÚNEZ.— Torre de las cabezas humanas en la isla de Gerbi ó Djerba. (Pág. 208).

taba y lo que consiguió, gracias á su disimulo, audacia y sagacidad.

Fatal por demás fué para los portugueses el no imaginado desenlace de estos sucesos; porque, sobre no conseguir su objeto, perdieron una galera y varios bajeles por haberse quedado en seco. Considerando, como así era la verdad, que no podia pensarse en proseguir la empresa con tales medios, se resolvió la vuelta á Lisboa, en donde la mermada escuadra tuvo la acogida triste que puede suponerse, al ver el pueblo que su Gobierno habia sido víctima de la astucia marroquí. Quien conozca el altivo carácter portugués convendrá en que no era fácil que nuestros vecinos perdonasen tamaña ofensa: ardiendo por el contrario en vivos deseos de vengarla, y guiándose D. Manuel por los impulsos de la opinion de su pueblo, ordenó que se aprestase con urgencia otra

expedicion que consiguiese lo que en la anterior no habia sido posible. Además de responder al sentimiento nacional, tenia en cuenta, al llevar á cabo esta empresa, que se trataba de la conquista del país más fértil del África y de las riquezas que encerraba Asimur.

En esta segunda armada se embarcaron, segun el Padre Mariana, 20,000 infantes y 2,700 caballos; el mando honorario se dió á D. Jaime, duque de Braganza, sobrino del rey, acompañándole el jefe de la primera don Juan de Meneses. Luego que llegó la armada á Asimur, conocieron sus generales cuán difícil habia de ser su conquista, pero no decayó por eso el ánimo de aquellos valientes, que emprendieron el ataque con el mayor vigor. Cada día era señalado con un encarnizado combate, pues no sólo tenia el ejército que atender al cerco de la plaza, sino tambien á rechazar los ataques de los moros

que del campo venian en auxilio de los sitiados. Finalmente, una completa y gloriosa victoria coronó los esfuerzos de los portugueses, que tomaron posesion de la plaza el 1.º de Setiembre de 1513.

Los moros desalojaron la poblacion enteramente, pues los que no murieron en la defensa huyeron al campo por una puerta que los cristianos no pudieron ó no les convino guardar, recordando que es bueno dejar puente de plata al enemigo que huye. Hasta tal grado llegó el entusiasmo del ejército portugués despues de la victoria, que los jefes D. Rodrigo Barreto y D. Juan de Meneses pensaron en proseguir la lucha y aconsejaron al duque de Braganza la continuacion de la campaña hasta conquistar la ciudad de Marruecos. Como el príncipe no tenia órdenes de su tío, y asumia una inmensa responsabilidad si llegaba á fracasar tan arriesgado proyecto, no aceptó la proposicion, antes dió la vuelta para Portugal, dejando por gobernador de Asimur al citado don Juan de Meneses, que murió allí el 15 de Mayo del año siguiente.

Por espacio de veinticinco años continuó Asimur bajo el dominio portugués, hasta que en 1540 el sultan Mohamed la recobró al frente de sus mejores tropas. Parece que la confianza cegó al sultan hasta el punto de dejar en la plaza una guarnicion insuficiente para su defensa; pues, segun la relacion de un historiador de Mazagan, en Diciembre del mismo año, el gobernador de esta última ciudad, D. Luis de Loureiro, con los habitantes que estaban bajo sus órdenes se atrevió á atacar á Asimur con tan buen éxito que, aunque no se apoderó de ella, tomó á los moros una bandera, quemó el castillo, las puertas de la ciudad, puentes, campos y algunas barcas que los moros tenían en el rio.

Esta noticia y la persistente tenacidad de los portugueses de Mazagan, que no cejaban en su empeño de asaltar periódicamente á Asimur, decidieron al sultan á mandarla arrasar. Indudablemente se hubiera hecho así; pero en el momento crítico aparecieron tres santones ó xerifes, Abd-Allah ben-Nusi, Mohamed el-Kaque y Sidi Cagnon, los cuales se presentaron al sultan y se comprometieron á sostener la ciudad contra todo el poder cristiano, en virtud de la formal promesa que el Profeta les habia hecho y por la gracia de sus respectivas oraciones. Por lo que se vió despues, los tales santones mintieron como unos bellacos, ó el Profeta se olvidó de su promesa, porque en una noche del mes de Enero de 1546 el mismo Loureiro salió silenciosamente de Mazagan, llegó al amanecer á Asimur, y cuando los moros abrieron las puertas, penetraron los portugueses por ellas extendiéndose por toda la ciudad. Como los moros no esperaban semejante visita, hicieron una defensa tan débil, que los cristianos, arrollando cuanto se les ponía delante y matando á quien osaba hacerles frente, obligaron al pueblo y á la guarnicion á desocupar la ciudad en poco tiempo. Sólo quedaron en ella los tres famosos santones y algunos moros que todavía conservaban fe en sus oraciones y esperaban el cumplimiento de sus vaticinios. Más cuenta les hubiera tenido no ser tan confiados, pues en vez de huir en libertad, fueron hechos cautivos por los portugueses, que se retiraron cargados de despojos, llevando consigo á los tres xerifes y á sus crédulos partidarios.

Los santones tuvieron que pagar á buena cuenta 2,200 ducados por su rescate, y despues el sultan mandó que fuesen encerrados en una cárcel de Fez por haberle disuadido de destruir á Asimur.

Con admiracion de los portugueses, los moros no trataron de ocupar la ciudad abandonada, que continuó en poder del ejército lusitano hasta que D. Juan III dispuso abandonarla definitivamente, pasando á Mazagan sus moradores y la artillería.

Desde esta época nadie inquietó á los moros en la posesion de Asimur, pero la ciudad y el puerto han ido perdiendo su importancia hasta el punto de no tocar hoy allí barco alguno. El comercio tiene que acudir á Mazagan, en donde se hacen casi todas las transacciones mercantiles de Asimur. A pesar de esto, es todavía una populosa ciudad, no bajando sus habitantes de 20,000. Los judíos tienen que descalzarse al pasar por delante de la *Cubba* ó capilla del patron de la ciudad, y se ven obligados á sufrir con la mayor resignacion todo género de vejaciones é improperios de parte de los moros.

En orden á edificios, ninguno notable se ve en Asimur; lo cual se comprenderá fácilmente sabiendo que es un pueblo completamente moruno, sin que un solo europeo resida entre aquellas gentes, tan refractarias á toda idea de civilizacion y cultura.

De Asimur á Mazagan no hay más que 11 kilómetros de distancia. El terreno es con escasa diferencia lo mismo que el de Casablanca, y despues de atravesar una gran playa, á lo largo de la misma costa, se llega á Mazagan, entrando por el *Soko*, única puerta que tiene esta ciudad.

EL GHELABA.

En muchas comarcas del África, el hombre, la mujer y muchísimo más los niños están destinados á trocar su libertad nativa por la esclavitud. Y la esclavitud allí se les impone sin necesidad de pretextos ni mentiras; basta que uno se halle alejado de sus parientes ó de sus paisanos para que merezca perder su libertad; otro más fuerte que él, ó más astuto, ó mejor armado, lo atará de piés y manos, y con la clava en la mano le dirá: «Tú eres mi esclavo.» Semejante hecho no es un derecho real, propio de las majestades reinantes, ni autoridad de los ministros de los reyes, ni prerogativa de los magnates, ni está á cargo de los Parlamentos; nada de eso, es pura y sencillamente una industria que se ejerce públicamente por los que se dedican á esta profesion, la profesion de *ghelaba*.

Do quiera que haya esperanza de poder hacer negocio con la carne de sus semejantes (y la hay indispensablemente en el comercio con las razas musulmanas) allí se ve salir altiva y poderosa la execrable ralea del *ghelaba*, ralea infame que vive de las lágrimas, de la libertad y de la sangre de criaturas humanas.

Hay *ghelabas* ó sea negreros al por mayor; pueden éstos ser un jefe de tribu, un reyezuelo de la montaña, un árabe del civilizado desierto, un turco de Egipto, un tunecino y tal vez un europeo bautizado, que en su patria se hace del tierno filántropo, que llora de amor por los asilos de niños, se desmaya de ternura en la confrater-

nidad de misericordia en favor de los perros y de los caballos, y hará multar con mil dollars (esto sucede realmente) al monstruo que cometió la crueldad de quemar un ratón. Tales *ghelabas* en el interior del África se dan aires de príncipes; escogen sitio á propósito para hacer prosperar su comercio; fundan allí inmensos establecimientos que llaman *zeribe*, con almacenes de carne viva, á cuyo alrededor vigila una soldadesca negra. Tratan por centenares de cabezas á la vez, á centenares los adquieren, comprando las grandes partidas que les presentan otros tratantes, ó bien marchando con aparato de guerra contra las tribus indefensas, á las que no dejan más elección que la muerte ó las cadenas. Tal vez en su alta clemencia hacen gracia de la vida á los niños, les hacen seguir la bandera del vencedor, como el experto leñador reserva para otro corte los tallos demasiado tiernos. Esta ternura toma parte para designar la comarca que han de saquear: el campo de sus operaciones mercantiles lo varían haciendo sus operaciones ya cerca ó ya lejos, según las noticias que les dan sus secuaces sobre la plaza más rica y más en oportunidad.

Así como se proporcionan por centenares los esclavos, deshaciendo comarcas enteras de todos sus pueblos, así también los venden por centenares expidiéndoles para los puertos ó negociándolos con los jefes de caravana, que ya se los venderán ellos en los puertos. Y hay *tratantes* de éstos que de gentes de baja estofa se convierten en grandes potentados. Cuando en su establecimiento han reunido ya una población numerosa, emplean sus riquezas en fundar colonias y Bancos en una extensión de cientos de millas al rededor; imponen pedajes á los pasajeros, tributos á los colonos, servicios y órdenes á los proletarios; tienen milicias á sueldo, se rodean de una guardia de honor, desdénan el título de *ghelaba* y pretenden el de *cheik*, emir ó sultán; y se les ve en sus posesiones alojados en espléndidas habitaciones, rodeados de su Corte, con dos leones encadenados á la entrada, como señal de su grandeza.

En las poblaciones (pues bien merecen tal nombre estos establecimientos) de estos sultanes, prospera también otra raza de *ghelabas* más perversa y peor aún, porque á la maldad del oficio une la burla sacrilega de la religión. Estos cuando menos son *fakires*, como si dijéramos monjes mahometanos, dedicados á especulaciones tan lucrativas como pérfidas. Muéstranse celosos del Corán y lo propagan con todo el fanatismo islamita, imbuido con toda su rabia *fakira* y la hipocresía indispensable. Para ellos el negro no es más que un cafre, que es lo mismo que decir un infiel, un perro, un pedazo de carne inmunda, del que por ley divina puede usarse y abusarse como se quiera. Con igual desprecio miran á los europeos; y aún lo harían peor con éstos si su poder y sus riquezas no obligasen á la vileza de aquellos á mirarlos con un miedo envidioso. Los menos estúpidos *fakires* son en las poblaciones populosas los maestros de los niños, á los que meten en la cabeza algún versito del Corán y les enseñan á escribir en árabe; asimismo en Egipto abren escuelas peores que tabernas, pero en las *zeribas* no tienen otro ministerio religioso que adaptarse como parásitos junto á los jefes, estar repanchigados todo el día en los divanes, ó tomando el fresco, alternando la pipa con el murmurar intermina-

bles rezos; ó ya también murmurando oraciones y pasando las cuentas de su rosario, se van de cabaña en cabaña á negociar matrimonios, á cambiar mujeres ó á colocar esclavos en las familias; ó bien se entretienen en su asiento, componiendo talismanes, amuletos y escrituras milagrosas, que venden luego á subido precio á los crédulos compradores.

Estos cargos, sin embargo, no les impiden tener en sus cabañas un despacho de todas las mercancías profanas usuales en el país, algunas pocas cabezas de ganado, alfombras, babuchas turcas, turbantes, albornoces árabes, tejidos de algodón de varias clases, anillos de cobre y de hierro que sirven de moneda; espejitos, cuchillos, azadas, tabaco, jabón, granos de Venecia y otras por el estilo. Todo esto sirve para hacer cambios y especialmente para el tráfico de carne humana, que es el principal negocio. Así es que de esclavos y más aún de esclavas tienen siempre un surtido según los tiempos y las ocasiones, ya para vender al menudeo, ya para negociarlos á cuadrillas á los grandes tratantes, con los que están en relaciones y para los que van reuniendo depósitos continuamente.

El *ghelaba* en medio de su rebaño de esclavos, y más si es *fakir*, es un león en un redil de ovejas; es señor de vida y muerte; sus palabras son siempre órdenes, las órdenes amenazas, y amenazas armadas de látigo y de tormentos. Hace guardar de vista á su ganado humano y lo vigila día y noche, cargando de hierro al que se le hace sospechoso de proyectar la fuga, ó lo mete en pesados cepos. Con frecuencia por ahorrar les cercena la comida á la indispensable solamente para vivir, hasta que llega la época de engordarlos para exponerlos á la venta; y aún quizás á causa de la fatalista estupidez mahometana, los deja avivarse de gusanos en la mayor hediondez y llenarse de llagas que de cada día se hacen más fétidas. Y como sucede que crueldad y lujuria son hermanas, el *ghelaba*, más que león, se demuestra animal inmundo. En su antro no reina más el pudor que la humanidad; él es la encarnación viva del obsceno Corán, se revuelca en todas las ignominias y se enloda con todas las miserias de la naturaleza humana.

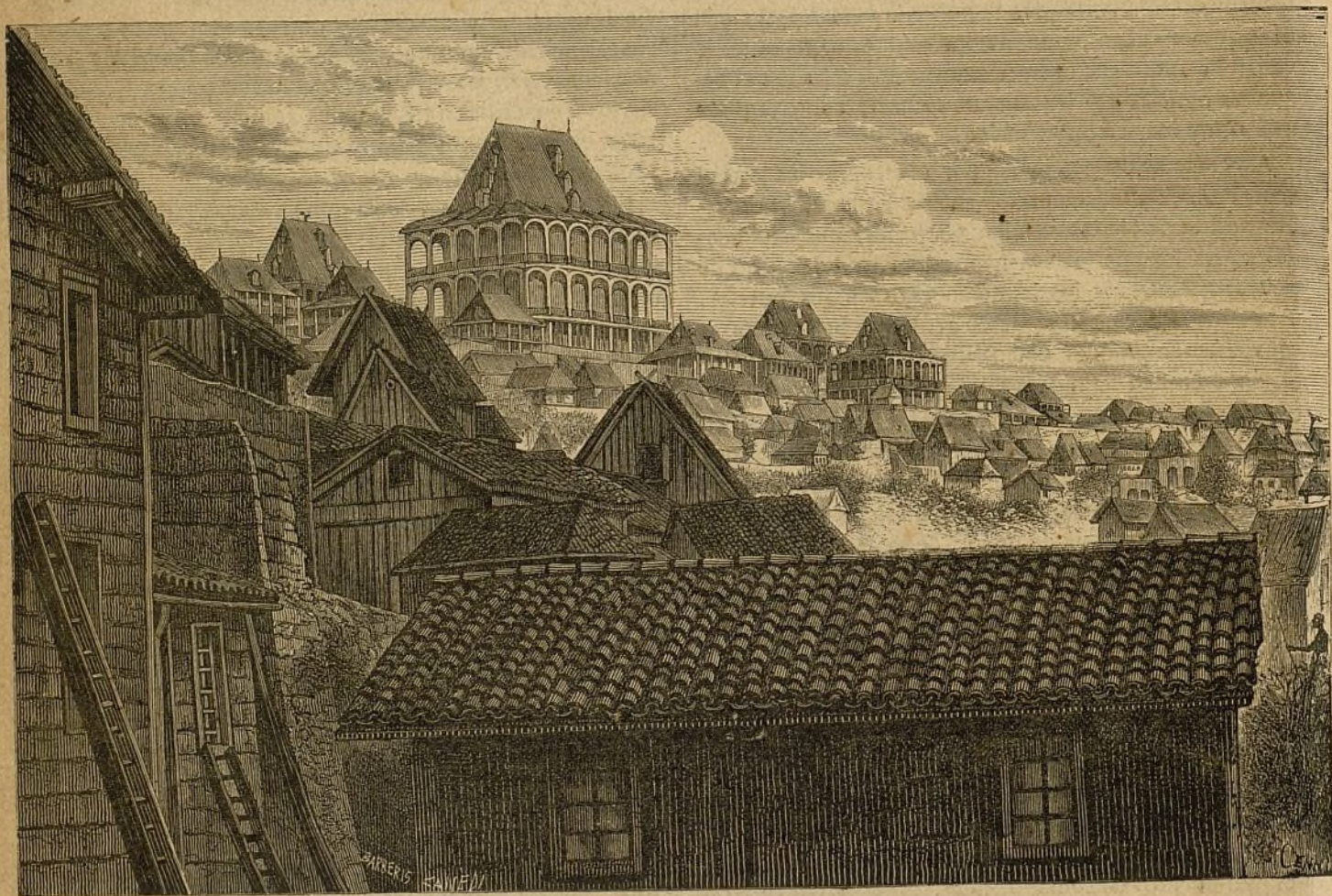
Para que le estén siempre renovando el rebaño de sus chozas, el *ghelaba* sedentario tiene frecuentes tratos con los *ghelabas* ambulantes, les gratifica, les anima á hacer correrías y les compra los frutos. Es esta una tercera clase de traficantes en carne. Parten éstos bien armados, montados en un buey ó en un asno, con un surtido de telas, y se van en busca de negocio ó de presa. Si se presenta ocasión, el *ghelaba*, valiéndose de fraude ó violencia, encadena al que encuentra; pero ordinariamente no se expone sin necesidad. Su provision de género le basta para cambiar dos ó tres esclavos, que lleva en seguida atados al nuevo amo. La mercancía esta la encuentra, ó en los que voluntariamente le venden las tribus negras, ó la adquiere de padres perversos á quienes incomoda tener que alimentar á su prole; ó tal vez los compra de acreedores desapiadados que arrebatan la libertad á sus deudores á falta de objetos con que hacerse pago; y también de los jefes poderosos que castigan con la esclavitud á verdaderos ó supuestos malhechores. Si cambiase todo su género, acaba por cambiar también su cabalgadura por esclavos. Un buey adiestrado, ó un as-

no que se deje regir, valen dos ó tres hombres y tal vez una familia entera, cogida en su misma choza por el *ghelaba*. En este caso los esclavos se convierten en jumentos, se cargan con el equipaje y las armas del amo, y le siguen á la *zeriba*.

Estas horribles cuadrillas de salteadores y robados pululan por todos los senderos del Africa y se encuentran sus huellas por todos los desiertos; y en determinadas épocas se les ve á millares de millares en los establecimientos ó casas de campo y en sus alrededores. Entonces el *ghelaba*, bien provisto de las ganancias, espera tranquilamente la oportunidad de una nueva correría. Pasa los días sentado á la puerta de su choza ó dormitando á la sombra de algun tamarindo, casi siempre envuelto en una nube de humo de tabaco, y en acto de *moslemim*

contemplativo. Pero si le sucediere, lo que no es raro, que le hubiese salido mal el negocio; si otro ladron más atrevido le hubiese robado su presa; si un tigre le hubiese devorado la cabalgadura; si escapándosele los esclavos le hubiesen robado las armas, los víveres y el equipaje, el *ghelaba* regresa á la *zeriba*, pobre, taciturno y rencoroso, pero no descorazonado; vive de prestado y de la estúpida hospitalidad mahometana; saborea hiel y proyecta nuevos medios y nuevas astucias, y sueña en nuevos esclavos en la próxima estacion, como el buitre en su nido se promete nueva carne en los muladares.

Tal es el embrutecimiento y tal la abyeccion social de casi todo el continente africano relativamente á la esclavitud. Los medios varían aquí ó allí, segun los lugares y las tradiciones nacionales; pero en sustancia siem-



MADAGASCAR.— Vista de Tananarive.

pre es lo mismo: los poderosos, aunque sean reyes coronados, son negreros en grande: de la clase media salen los negreros medianos; y de la pobre talla los negreros pobres. Y ni hay esperanzas de curar esta gangrenosa llaga, ni de mejorar siquiera las condiciones de la gente dedicada á tan infame negocio, mientras los pueblos cristianos no se pongan de acuerdo y adunen sus esfuerzos para exterminar la trata; no sólo la trata americana, que hoy no es ya más que una sombra de lo que fué; sino la trata egipcia, árabe, turca, persa, en general mahometana, y que está hoy en su estado más floreciente. Y cuando los monarcas cristianos... ¿Pero dónde los hay? Hoy día sería pedir peras al olmo y miel á las víboras exponer medios caritativos á los gobiernos modernos:

en una cosa están de acuerdo casi todos, en encadenar y en acabar si posible fuese, con todas las fuerzas de sus parlamentos y de sus bayonetas, la única fuente de libertad, la Iglesia de Cristo.

ALBUM MALGACHE.

VIII.

TANANARIVE.

Tananarive, la ciudad de los *mil pueblos* (*tanán*, pueblo; *harrivu*, mil), es residencia de la reina de los Howas y la capital de su reino. Tiene un aspecto de los más pintorescos, cubriendo en parte una colina que se

extiende en su mayor longitud del Sudeste al Noroeste, ramificándose en sus extremidades. Vista de lejos parece una pirámide truncada coronada en su cima por el palacio de la reina.

Al rededor del palacio y en las escarpadas laderas de la colina se ven escalonadas innumerables casas malgaches, generalmente cubiertas de juncos del país (*zororo*), á excepcion de algunos edificios cuyo tejado es de teja ó de madera. Las calles son estrechas, pobres, mal alineadas, ó mejor dicho son senderos que no merecen el nombre de calle, salvo la que conduce al palacio.

El punto culminante de la ciudad domina de más de doscientos metros los campos sembrados de arroz que

la rodean, y se halla á 1,500 metros sobre el nivel del mar. Su clima, como el de toda la provincia de Imerina, es sumamente sano, y casi está exento de fiebres. En invierno, esto es, en los meses de Junio y Julio, el termómetro se mantiene á 25° centígrados sobre cero.

Los muros de circunvalacion forman terraplenes: las casas son de madera ó de tapia, algunas de las cuales, de varios pisos, están adornadas con hermosas barandillas; los palacios de Soanierana, el de Mandjaka-Mian-dana, de Tsahafaratra, de Tranovola; los jardines y la tumba de Radama I; el campo de Marte, en el cual pueden maniobrar de 15 á 20,000 hombres; al Norte, el receptáculo de las aguas sirviendo de motor á la fábrica



MADAGASCAR.— Primitiva iglesia de la Inmaculada Concepcion.

de pólvora; en el punto culminante de esta parte de la ciudad, el sepulcro de la de Rainiharo, cuya arquitectura recuerda el estilo de los monumentos de Egipto; arcadas ornamentales; villas rodeadas de bosques; los trazos del gigantesco trabajo que Radama II emprendia con tanta actividad cuando le sorprendió la muerte, trabajo que tenia nada menos por objeto arrasar un monte para levantar un barrio de la ciudad; todo contribuye á cautivar la atencion del observador.

Desde la cima de la montaña que sirve de asiento á la ciudad, extiéndese la vista por las inmensas llanuras regadas por el Ikupa. Canales encajonados entre fuertes diques, sobre los cuales se levantan, ora casas aisladas,

ora poblaciones enteras, atraviesan en todas direcciones los arrozales distribuidos con verdadera inteligencia de riego, designando á la vista aquellos edificios, tan pronto las sinuosidades de las calzadas, como pareciendo flotar en medio de las aguas.

Tananarive tiene una poblacion de 80,000 almas, y es el punto más importante de la Mision católica de Madagascar, y el centro más activo del proselitismo metodista.

Nuestro grabado de la pág. 212 es una vista de Tananarive, tomada de una fotografía sacada por los misioneros. El palacio de la reina ocupa el sitio principal, y de él hizo Ida Pfeiffer la siguiente descripción:

«Es un gran edificio de madera, de tres pisos, con el bajo coronado de un techo muy elevado. El todo del edificio está rodeado de columnas de madera de 26 metros de altura, sobre las cuales descansa el tejado que todavía se remonta en forma de tienda á más de 13 metros, apoyándose su centro en una columna de 39 metros de elevación, y los pisos están rodeados de anchas galerías. Todas las columnas, sin exceptuar la del centro, son de una pieza; y cuando se reflexiona que los bosques en los cuales existen árboles bastante corpulentos para producir semejantes columnas, se hallan alejados de la ciudad 50 ó 60 millas inglesas; que los caminos son casi impracticables, y que todos, conducidos sin ayuda de caballerías de carga ni máquinas, han sido trabajados y colocados allí con los útiles más sencillos; debe considerarse la erección de este palacio como una obra gigantesca.»

Los grabados de las págs. 213 y 217 son copia de dos fotografías representando el barrio de Ambodinandohalo, donde están reunidos los establecimientos de la Mision católica, figurando en primer término la primitiva iglesia de la Inmaculada Concepcion. Era esta simplemente una casa malgache perteneciente al príncipe Ramboasaloma, y con este motivo un poco más grande que las ordinarias; más tarde la ensancharon de ambos lados y la alargaron más de la mitad, quedando convertida entonces en una iglesia á estilo de cobertizo, y otro año, por fin, regularizaron el tejado, reemplazando la paja, por miedo al incendio, con zinc y con tejas, y procurando darla interiormente la apariencia de iglesia por medio de una bóveda de tablas. A costa de muchos sacrificios y gracias á la inagotable caridad de los católicos de Europa, han podido los misioneros construir otra más digna y capaz.

A la izquierda del portal hay una antigua choza que sirve de locutorio y farmacia, y encima de ella habia la campana de la parroquia. Esta choza separa la iglesia de la escuela dirigida por los Hermanos de la Doctrina cristiana, al Este. Detrás de la escuela hay la que fué residencia del Sr. Laborde, cónsul francés, que prestó señalados servicios á la Mision. El edificio situado detrás de la iglesia sirve de habitacion á los misioneros. El piso bajo está destinado á imprenta. Al Oeste de la iglesia hay diversos talleres muy útiles á la Mision.

COSTUMBRES CHINAS EN KIANG-SU,

POR EL RDO. P. DESJACQUES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

PRIMERA PARTE.

LA ENTRADA EN LA VIDA.

I. — *El recién nacido.*

El cielo ha concedido un rollizo niño á una familia feliz. Este niño tomará el pecho materno por espacio de tres ó cuatro años, ó más todavía. De este manantial saca la fuerza, y se pretende que, cuanto menos pronto se le destete, tanto más robusta será su constitucion. Las familias acomodadas mantienen por lo comun una nodriza en casa. Esta tendrá que dejar á su propio hijo, pues aquí no se conocen los hermanos de leche. En esta tierra las mujeres en general no son bastante robustas

y vigorosas para amamantar convenientemente á dos criaturas á la vez.

Todo niño en China es muy mimado; todos le llevan en brazos, le hacen caricias y se sujetan á sus caprichos. No consentirán en dejarle dormir solo por la noche en la cuna, sino que debe descansar con los padres ó con la nodriza, aún á riesgo de quedar ahogado durante el sueño. No es solamente la madre la que cria mal á los hijos; ordinariamente más culpa tienen aún el padre y el abuelo. Por fortuna este estado de cosas no dura sino hasta la edad de ocho á diez años. Entonces la escena cambia de repente.

II. — *El preceptor.*

Pasadas las fiestas de año nuevo aparece un nuevo personaje, reposado, grave, sério, de lenguaje pedantesco, ceremonioso hasta el extremo con las personas mayores, severo con los niños; es un letrado condecorado con la borla, un bachiller con pretensiones al doctorado. Este personaje es el preceptor.

En un ángulo apartado de la casa se le ha preparado un reducido gabinete, al lado de una sala desnuda y severa, cuyo mueblaje se reduce á una simple silla para el maestro y algunos bancos ó taburetes para los alumnos con algunas toscas mesas.

Distínguese la del maestro por la temida regla que se ostenta en medio de ella, verdadera pesadilla de la raza estudiantil. Sin embargo, en honor de la verdad se ha de confesar que con más frecuencia servirá para dar golpes sobre la mesa al objeto de avisar, que no en las manos para castigar. El único adorno de la pieza es una imagen de Confucio, colgada en la pared, que deben saludar respetuosamente los niños al entrar y al salir (1).

Esa antigua costumbre no se observa hoy muy escrupulosamente; he visto muchas escuelas en que no habia nada absolutamente. Allí, en aquella triste sala, se hace la instalacion.

El doctor, cubierto con el bonete de ceremonia adornado de la borla literaria, se sienta majestuosamente en la modesta silla que le está destinada. Delante de él hay extendido un tapete.

Cada alumno, acompañado de su padre, va con gran prosopopeya á postrarse de rodillas ante el mentor, con cuya ceremonia se obliga á respetarle hasta el fin de sus dias. Al mismo tiempo deja sobre el tapete algunas piezas de moneda, sobre unos 200 ó 300 francos, segun lo que se ha convenido de antemano. El dómine se inclina ligeramente en señal de aceptacion, y se yergue gravemente para encerrarse en su dignidad.

III. — *La educacion.*

Una escuela se compone generalmente de cinco ó seis alumnos; á veces llegarán á diez ó doce si son párvulos; este es casi el máximo que puede enseñar convenientemente un solo maestro. Admítese á las niñas á estudiar con sus hermanos.

El profesor se dirige á cada alumno en particular; canta la leccion, y el alumno en pié, á su lado, la repite en el mismo tono; luego se vuelve á su asiento y se desgana gritando desaforadamente todo el dia, balanceándose sobre sí mismo. Parece que para leer es indispen-

(1) Los cristianos reemplazan la imagen de Confucio por la de un Santo, ó lo más frecuente por un Crucifijo.

sable cantar, y es una especie de manía en todos los letrados balancearse cantando. Por la tarde el alumno vuelve al lado del maestro, y, dándole la espalda, recita no solamente la lección de la mañana, sino también las de los días anteriores. Así debe aprender de memoria todos los libros clásicos y repetirlos á saciedad, hasta que sea capaz de recitarlos sin perturbarse.

Empiézase por aprender también algunos centenares y hasta millares de caracteres aislados, los cuales están escritos en otros tantos cuadritos de papel encarnado. El alumno debe conservarlos exactamente. Es una cosa casi tan interesante como si se hiciese aprender y recitar á continuación unos de otros los términos del diccionario. Sólo después de estos áridos preliminares podrá el alumno abrir los libros.

Chicos de regular disposición pueden aprender de diez á veinte líneas cada día, y los más sobresalientes unas cuarenta. Este largo ejercicio de la memoria es puramente mecánico. Durante dos ó tres años el niño repetirá así sonidos articulados sin entender una palabra de lo que dice, y sólo al cuarto año el maestro explicará vagamente algunos de los libros más fáciles. Por regla general no se emprende la composición hasta después de seis ó siete años de estudios; así es que pocas veces se encuentra un joven de quince ó diez y seis años que sea capaz de escribir una simple carta á un amigo. En este país no está admitido escribir como se habla. Para comprender el lenguaje escrito hay necesidad de sensibilizarlo, poniéndolo á la vista; la simple audición de una lectura es ininteligible sin el auxilio de los comentarios del lector. No basta saber leer para entender lo que está escrito. Muchos chinos conocen gran número de letras, y pueden leerlas sin comprender su significado. Cierta número pueden leer y comprender; son contados los que pueden leer, comprender y escribir. La masa del pueblo se dedica á la agricultura, á los oficios mecánicos y al comercio, y no tiene medios ni tiempo para consagrar más de siete ú ocho años á los estudios. Esto es privilegio del reducidísimo número de los que siguen la carrera de las letras. La mayor parte de nuestros cristianos se hallan en la imposibilidad de formarse en la piedad por medio de la lectura de obras religiosas. La urbanidad y la literatura, ó más bien aquella parte de la literatura que llamamos ampliación; hé ahí á lo que se reduce toda la educación. No se habla una palabra de filosofía, ni de ciencias, ni de geografía, ni de historia. Esa instrucción superficial es un obstáculo tan grande acaso para la propagación del Evangelio, como el orgullo y la corrupción de costumbres. Los misioneros han establecido escuelas en las que, siguiendo el mismo método, los niños aprenden de memoria las oraciones y el catecismo, cuyo sentido explica el sacerdote ó el catequista en tiempo de la Mision anual.

EFE MéRIDES.

17 MAYO 1735.—*Martirio del P. Julian de Lizardi, jesuita español.*

Dicho misionero estaba encargado hacia cuatro años de la reducción del Santo Ángel, en el Uruguay, cuando fué designado en 1732 para ir con los PP. Chomé y Pons á trabajar en la conversión de los chiriguanes, tribu feroz del Chaco. Habiendo reunido los restos de una

antigua reducción, el P. Lizardi los colocó cerca de los montes, estableciendo dos estaciones, llamadas de la Concepción y del Santo Rosario. El misionero supo infundir en sus neófitos tal fervor que dicha reducción, observa Charlevoix, en nada cedía á ninguna de las más antiguas del Paraguay. Por este medio se vino en conocimiento de que los chiriguanes podían ser excelentes cristianos si llegasen á penetrar en sus corazones los efectos de la gracia.

«...El 15 de Mayo de 1735 el P. Lizardi tuvo noticia de que los chiriguanes del Ingré se preparaban para atacar su reducción. Notificósele, además, que tal vez tendría tiempo para hacer venir refuerzos de Tarija; pero creyendo que sucedería con aquellas alarmas lo mismo que con las anteriores, que carecieron de fundamento, y para no asustar á los neófitos, tomó el partido de no hablarles del asunto. Retiróse á su casa mucho más tarde de lo que solía, y luego de terminados sus piadosos ejercicios, tomó un corto descanso. Levantóse á media noche, según su costumbre, hizo todo su rezo y se preparó para decir misa. Apenas la hubo comenzado, cuando una partida de chiriguanes que se había acercado á la colonia á favor de las tinieblas, fué descubierta por un joven cristiano llamado Manuel, que corrió en derechura á la iglesia donde se hallaban todos los neófitos, y gritando con todas sus fuerzas, anunció la proximidad del enemigo.

«Al punto salieron todos y refugiáronse en un inmediato bosque. El Padre se hallaba en el Ofertorio, y permaneció solo con su sacristán. Los neófitos no dudaban que les seguiría, y se sorprendieron mucho de no verle, una vez llegados á su refugio. Entonces una mujer llamada Isabel, esposa del alcalde, dijo en alta voz:

«—Nuestro Padre se ha quedado; vamos á salvarle ó á morir con él.

«Y partió al punto. Siguiéronle unas veinte personas corriendo todos hacia la iglesia. Al ruido que hicieron, un español llamado Lope Martínez, que estaba trabajando en alguna obra de la factoría, cerca de la cual vivía, salió para ver lo que ocurría, y habiéndolo sabido, volvió á su vivienda para advertir á su mujer que se pusiera en salvo en el bosque en que se hallaban los cristianos, y luego corrió á la iglesia para salvar al misionero. Empero los chiriguanes tiraron sobre él, y espiró, atravesado de flechas, á la puerta de la iglesia. Otros chiriguanes corrieron al mismo tiempo tras su mujer y la hicieron prisionera.

«El P. Lizardi no se había atrevido á continuar la misa, por temor de no poder concluir; pero había permanecido muy tranquilo en el altar, ocupado únicamente en hacer al Señor el sacrificio de su vida. En tal disposición le hallaron los bárbaros, los cuales se arrojaron sobre él como furias. Despojáronle de sus hábitos sacerdotales, rasgaron su sotana y ataron sus manos, apoderándose de la generosa Isabel, de los que la habían seguido y del sacristán que ayudaba la misa, llamado Buenaventura. Era un joven indio de gran piedad, á quien una señora española, cuyo esclavo era, había admitido con la condición de que se consagrara al servicio de dicha iglesia. Su fidelidad y exactitud en el ejercicio de su empleo le valieron la palma del martirio. Cuantas imágenes, ornamentos y vasos sagrados había en la iglesia fueron profanados. Los sacrilegos se diseminaron luego por las chozas, no dejando en ellas cosa que pudiera ser de ninguna utilidad, y después pegaron fuego por todos lados. Pronto quedó todo convertido en un montón de ceniza, y no quedándoles allí á los bárbaros otro incentivo se retiraron con su botín y sus prisioneros.

«Hacia un frío muy penetrante; y el P. Lizardi, que estaba casi desnudo, lo sintió en la noche siguiente hasta el punto de impedirle la respiración. El jefe de los chiriguanes tuvo compasión de él, y viendo que no podía dar un solo paso, dispuso que se le preparase una mula y le permitiesen ir á donde quisiera; pero toda la cuadrilla se opuso á ello, y no pudiéndole llevar más lejos, resolvió desembarazarse de él acto continuo. Hízosele sentar desnudo sobre una roca, que sólo distaba una legua de la Concepción, y le desataron las manos. Al punto cruzó sus brazos, empuñando en la mano derecha un crucifijo, y aguardó en tal posición el feliz instante que debía reunirse con su Dios. No tuvo que aguardar mucho tiempo: una nube de flechas, la mayor parte de las cuales dieron en el blanco, le derribó muerto el 17 de Mayo de 1735, á los treinta y nueve años de edad, y veintidos después de haberse consagrado al Señor en la Compañía de Jesús.

«Los asesinos volvieron en seguida todo su furor contra su fiel sacristán. No hay género de mal que no le hicieran sufrir, y por último lo arrastraron hasta la orilla del Río-Salado, donde le remataron. Todos los que habían sido cogidos con él por querer salvar al misionero fueron hechos esclavos y distribuidos por el valle de Ingré, donde se les trató muy duramente. Desde el día siguiente á la invasión

de los chiriguanes, el P. Pons, que tuvo aviso de ello, hizo partir inmediatamente á uno de sus neófitos para saber lo que habia sido del P. Lizardi, pero dicho propio no pudo adquirir noticia alguna. El mismo Padre fué á todas partes, y al fin supo el lugar y la manera como el siervo de Dios habia consumado su sacrificio (1).»

NECROLOGÍA.

En 28 de Noviembre del año anterior, el primer Domingo de Adviento, perdió el episcopado católico una de sus principales glorias y la India uno de sus mayores prelados: el Rmo. Ayres d' Ornellas y Vasconcellos, arzobispo de Goa y primado de las Indias orientales.

Nació en Funchal, isla de Madera, el 18 de Setiembre de 1837. Hizo con brillantez su carrera en la universidad de Coimbra, y celebró su primera misa en 21 de Noviembre de 1860. Apenas ordenado, fué nombrado canónigo de la catedral de Funchal, y sucesivamente promovido á las dignidades de Chantre y Dean de la misma iglesia. Fué modelo de profesores por su ciencia, rectitud y bondad angelical, y su preclaro ingenio y profunda ciencia atraía á su lado á cuantos deseaban instruirse en cualquier ramo del saber humano. Por encima de todas sus eminentes dotes físicas é intelectuales elevábase majestuosa y bella su pureza de costumbres y su virtud inconcusa. Distinguíase también por su amor á los actos del culto, por el decoro del santuario, por su piedad y estricta observancia de sus deberes sacerdotales. Su elocuencia arrebató á los innumerables fieles que acudían solícitos á oír su palabra inspirada de vida y de verdad.

Recibió la consagración episcopal en 7 de Mayo de 1871 en Lisboa, siéndole conferido el título de obispo de Gerasa *in partibus*, coadjutor y futuro sucesor de la diócesis de Funchal, cuya Sede ocupó en Octubre de 1872, por fallecimiento del Ilmo. Patricio Xavier de Moura. Brilló por su carácter bondadoso, su dulzura, caridad y afabilidad, y más que todo por su espíritu de rectitud, su ferviente y sincera piedad, su fidelidad en cumplir todos los deberes episcopales, su tesón y firmeza en sostener los derechos de la Iglesia.

Conocedor de su gran capacidad, trasladóle Pio IX, de gloriosa memoria, á la archidiócesis de Goa, á donde llegó el 27 de Diciembre de 1875, siendo recibido con inequívocas pruebas de delicada simpatía y afecto por las autoridades y por el pueblo católico de los dominios portugueses é ingleses.

Preparábase el cielo grandes triunfos, dando á su autoridad, á su saber y á sus virtudes más amplios y vastos horizontes. La palabra profética de Pio IX, que decía del noble Arzobispo cuando estaba en Roma disponiéndose á partir para la India: «Hará grandes cosas en Goa,» tuvo exacto cumplimiento, porque en poco tiempo su nombre era pronunciado por los pueblos orientales con veneración y amor, juntamente con los nombres de los más venerandos é ilustres Prelados de aquella archidiócesis.

Ni los ardores del clima, ni las penalidades de largos viajes, fueron obstáculos para que el celoso Prelado fuera á las más remotas comarcas para visitar las iglesias de su vastísima diócesis, estudiar sus necesidades y remediar sus males. Durante los tres años y medio de su permanencia en la India visitó las Misiones de Bombay, Cochín, Tuticorin, Maduré, Madras, Meliapur, Bengala y Ceylan, llevando á todas aquellas cristiandades las gracias espirituales de que era dispensero, y la paz de que tanto carecían hacia muchos años. Levantábanse los pueblos llenos de entusiasmo para recibir al Primado de Oriente y tributarle los homenajes de su veneración y amor.

En 3 de Diciembre de 1878 celebró solemnemente la exposición del cuerpo de san Francisco Javier, que duró hasta el 6 del mes siguiente; y esta fiesta religiosa, la mayor tal vez que han visto los pueblos del Oriente, llenó de santos consuelos el corazón del buen Arzobispo, viendo las muchedumbres, obedientes á su voz, correr con júbilo á venerar las santas reliquias del Patron de la India.

En medio de sus apostólicos trabajos el Rmo. Ayres d' Ornellas vió sucumbir á los rigores de las fiebres del país dos gobernadores generales y otros muchos funcionarios públicos. En virtud de las leyes del país, asumió dos veces la presidencia del Consejo gubernativo, por muerte de los gobernadores generales de Goa; y en la dirección de los negocios temporales de aquellos vastos dominios desplegó la misma habilidad, inteligencia y prudencia, ya tan conocidas y apreciadas en el Gobierno espiritual de la Archidiócesis.

(1) *Historia del Paraguay*, por el P. de Charlevoix, tomo VI, páginas 32-35.

Después de la exposición del venerando cuerpo de san Francisco Javier, quiso S. Rma. hacer la visita pastoral á las parroquias de su Archidiócesis, y pudo visitar algunas, administrando el sacramento de la Confirmación á más de 9,000 cristianos; y tales fueron los trabajos á que se entregó el ilustre Prelado, que las fuerzas le abandonaron, y por prescripción de los médicos tuvo que emprender un viaje á Europa para rehacer su quebrantada salud. Pero traía el germen de muerte en la enfermedad que la ciencia, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo vencer; y después de diversos viajes á Funchal, Coimbra, París y Vichy, falleció en Lisboa confortado con los últimos Sacramentos de la Iglesia y con la bendición de nuestro santísimo Padre Leon XIII. A los 43 años, 3 meses y 10 días de edad extinguióse aquella preciosa vida, tan grande en hechos gloriosos como corta en duración.

Estados-Unidos.—El 6 de Diciembre murió en Loire (Ródano) el Rdo. Richard, misionero de Tejas. Habiendo partido para esta Misión en 1863 con el Ilmo. Dubuis, obispo de Galveston, el Rdo. Richard fué pronto nombrado párroco de Castroville, colonia de alsacianos muy adictos á la Religión. El nuevo Pastor no tardó en poseer la lengua alemana, y por su celo y piedad captóse todas las simpatías. Construyó una hermosa iglesia de piedra, y acrecentó la piedad de sus fieles. Movido á compasión por los pobres niños que carecían de instrucción, resolvió fundar una comunidad de religiosas consagradas á esta misión, y á su voz reuniéronse varias jóvenes, á las cuales instruyó, edificóles un convento y las envió después á los pueblos, donde obran un gran bien. Tantos trabajos gastaron las fuerzas de este santo sacerdote. Hacia poco tiempo que habia venido enfermo á su país, y durmió dulcemente en el Señor á la edad de cuarenta años.

¡UNA MISERIA!

Un compatriota nuestro residente en París escribe lo siguiente al *Correo catalán*:

«No tenemos por qué ocultarlo. Nuestro patriotismo ha sufrido una humillación al leer esta semana el estado que acaba de publicar el *Boletín* de la *Obra de la Propagación de la Fe*, acerca de las sumas recogidas durante el año 1880. Dicho estado contiene al detalle las cantidades con que han contribuido las diferentes naciones para objeto tan meritorio como la difusión y aumento de nuestra santa fé católica.

«Francia figura como siempre en primera línea. Cuatro millones y medio ha dado este generoso y rico país.

«En cuanto á España... da vergüenza consignarlo. Sólo ha dado nueve mil y pico de francos, y eso que en esta cantidad se halla comprendido Gibraltar (1).

«¿En qué consiste tanta mezquindad de nuestra parte? ¿Cómo es que un pueblo insignificante, no rico y en su mayoría protestante como Suiza, ha dado sesenta mil francos?

«Quizás habrá explicaciones honrosas que atenúen si no justifiquen este enorme contraste. Nosotros deseamos que vean la luz, para descargo de nuestro buen nombre.

«¿Es posible que un pueblo tan pródigo de su sangre como el nuestro cuando se trata de defender la verdad, sea avaro del dinero cuando se trata de difundirla y pagarla entre los infieles?

«¿Será que nuestra desidia nos impide ocuparnos en todo lo que sea organizar algo, y ocuparnos en otra cosa que de nuestras discordias personales y luchas intestinas?»

(1) En esta cantidad no van comprendidas las 13,000 pesetas recogidas en esta Revista y que no pudieron entrar en la cuenta de 1880. (N. de la R.).